3542

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA

# LA DONACIÓN DEL COLONO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

REFUNDICIÓN

DE OTRA COMEDIA FRANCESA EN CUATRO ACTOS

POR

LUIS VALDÉS.



MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1886

14

# LA DONACIÓN DEL COLONO

# LA DONACIÓN DEL COLONO

## COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

REFUNDICIÓN

DE OTRA COMEDIA FRANCESA EN CUATRO ACTOS,

POR


## LUIS VALDÉS.


Representada con extraordinario éxito en el Teatro de la PRINCESA
el 24 Diciembre de 1885.


MADRID: 1886
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y C.ª
Caños, 1

| PERSONAJES. | ACTORES. |
|---|---|
| EL MARQUÉS DE LA SEIGLIERE, 56 años....... | Sr. Rossell. |
| ELENA, su hija, 20 años.. | Srta. Mendoza Tenorio. |
| LA BARONESA DE VAUBERT, 45 años........ | Sra. Lombía. |
| RAUL, su hijo, 25 años... | Sres. Rubio. |
| DESTOURNELLES, abogado, 50 años............... | » Mario. |
| BERNARDO STAMPLY, 35 años................. | » Cepillo. |
| JAZMÍN, ayuda de cámara del Marqués.......... | » Martínez. |

Lacayos y monteros que no hablan.

La acción pasa en el castillo de la Seiglhiere (Francia), año de 1817.

# ACTO PRIMERO.

Sala baja del castillo de La Seigliére, elegantemente amueblada. Puerta al fondo, que es la principal; dos laterales; ventana que da al jardín; una mesa dispnesta para almorzar cuatro personas, que estará arrimada á un lado; chimenea con reloj sobre ella. Un velador con libros y campanilla de mano.

## ESCENA PRIMERA.

JAZMÍN.—UN DESCONOCIDO.—La puerta del foro se abre, y apareceu Jazmín y el Desconocido.

JAZM. Repito á usted, caballero, que el señor Marqués acaba de levantarse, y que no recibe nunca á estas horas.

DESC. (Sentándose.) Bien está; le esperaré.

JAZM. ¿Aquí?... ¡Imposible! Voy á servir el almuerzo.

DESC. Tengo que tratar con el señor Marqués de un negocio importante.

JAZM. ¿Negocios? ¡Bonita ocasión! Cuando el señor Marqués almuerza, no hay para él otro negocio que almorzar. Si quiere usted pasear por el jardín, puede entretenerse viendo el estanque y más allá una especie de sepulcro, todo de piedra, muy bonito, con su verja de hierro.

DESC. (Distraido.) ¿Qué decía usted?

JAZM. Digo que el señor Marqués va á venir, y que si

le encuentra á usted en esta sala, me despedirá.

DESC. No se apure usted... Aguardaré paseando.

JAZM. (Aparte.) ¡Gracias á Dios! (Alto.) Si usted gusta, le guiaré hasta el estanque.

DESC. No es necesario. Sé bien el camino.

JAZM. (Sorprendido.) ¡Ah.!. ¿Con qué nombre le anuncio al señor Marqués?

DESC. (Después de corta reflexión.) Con ninguno. Volveré dentro de una hora. (Vase por el foro.)

## ESCENA II.

JAZMÍN, solo.

!Sí, sí, dentro de una hora!... Antes de una hora se habrá marchado el señor á su cacería, y como no le busques en el bosque... Pero aquí viene el señor, tan alegre porque va á almorzar, y la señorita Elena con su cara de rosa.

## ESCENA III.

JAZMÍN.—EL MARQUÉS.—ELENA, apoyada en el brazo de su padre.

MARQ. (A Jazmín.) ¿Qué es eso? ¿No ha venido aún la baronesa de Vaubert?

JAZM. No, señor Marqués; pero hace muy poco...

MARQ. ¡Es extraño!... ¡Y dice que madruga más que yo!... ¡Pues el paseo que tiene que dar para venir aquí, no es largo! En cruzando la alameda que separa su castillo del mío... ¿Si habrá olvidado la promesa que hizo de seguirnos en carruaje durante la caza?

ELEN. No, papá; puede que esté indispuesta: ayer se quejaba.

MARQ. ¡Bah! bah! (Yendo á sentarse á la izquierda: Elena se retira hácia el fondo.) ¡Aprensiones!... Yo no sé lo que es aprensión. ¡Verdad que disfruto de

una salud admirable! ¡Hoy me encuentro mejor que nunca!... ¡Jazmín!..

JAZM. ¿Señor Marqués?

MARQ. ¿Ha estado mi montero en el puesto de los cuatro caminos, como le mandé?

JAZM. Sí, señor.

MARQ. ¿Toda la noche?

JAZM. Toda la noche.

MARQ. ¡Bien, bien! ¿Y qué pasa?

JAZM. Pasa... que ha cogido un catarro que no puede moverse.

MARQ. ¡Vaya una salida!... Pregunto ¿qué sabe del ciervo que levantaron ayer tarde.

JAZM. ¡Ah! Eso es distinto. Pues dice que el ciervo se ha refugiado en lo más frondoso de la cañada de Cormiérs.

MARQ. ¡Bravo! ¡Ya es mío!

JAZM. Y añade, que el tal ciervo hará correr mucho á su señoría antes que le atrape.

MARQ. ¡Tanto mejor! ¡No me gustan las victorias fáciles! ¿Será fuerte?

JAZM. ¡Muy gordo!

MARQ. ¿Grandes astas?

JAZM. ¡Grandísimas!

MARQ. ¿Bajo de cuadriles?

JAZM. No me ha dicho tanto.

MARQ. ¡De seguro! Y por San Huberto que no le valdrán sus muchos piés para burlarse de mí. (Se levanta. Elena ha vuelto al proscenio.) ¡La Baronesa tarda!... ¡Son cerca de las nueve! ¡Y su hijo, tu prometido, hacerse esperar en un día de caza!

ELEN. No le agrada esa diversión.

MARQ. Aunque no le agrade, debería desear el momento de verse á tu lado.

ELEN. Más vale que no lo desee.

MARQ. ¿Por qué razón?

ELEN. Porque no me gusta deber lo que no puedo pagar.

MARQ. Le quieres, y estás quejosa de su tardanza.

ELEN. Le quiero como á un hermano; pero él solo tiene afición á su Museo de Historia Natural.

MARQ. Verdaderamente que si te ama, lo disimula de tal modo, que no se le conoce. Estará entretenido rotulando los pedruscos de que ayer tarde se llenó los bolsillos. ¡Reniego de su sabiduría!... Hoy tengo un apetito voráz.

JAZM. (Aparte.) ¿Hoy? ¿Cuándo no es Páscua? (Alto.) Señor Marqués...

MARQ. ¿Qué ocurre?

JAZM. Que ha venido un caballero...

MARQ. ¿Una visita á estas horas?... ¿Quién era?

JAZM. No le conozco; y se negó á dar su nombre.

MARQ. Pues que se lo guarde. ¿Le has dicho que no recibo?

JAZM. Sí señor; pero insistió...

MARQ. ¿Y nó le has dejado entrar? ¡Bien hecho!

JAZM. Parece que desea tratar con su señoría de un asunto importante.

MARQ. Entónces, que se entienda con mi mayordomo.

JAZM. Como ese negocio pudiera interesar á su señoría, dije al desconocido que esperase allá fuera.

MARQ. Señor Jazmín, yo no tengo negocios, y los ajenos no me interesan nada. Sirve el almuerzo en cuanto se acerque la señora Baronesa.

JAZM. Bien está, señor. (Aparte, saliendo.) Allá se las componga con el desconocido. (Vase.)

## ESCENA IV.

MARQUÉS—ELENA, que al final de la escena anterior, se ha acercado á la ventana.

ELEN. El sol ha roto la niebla; el cielo está claro y los pajarillos cantan en las enramadas. ¡Hermosa mañana!

MARQ. ¡Nos espera un gran día! (Frotándose las manos.) Almorzaremes bien, cazaremos... Ciertamente, la vida es don preciosísimo, y los que de ella reniegan son unos ingratos.

ELEN. ¡Cuánto me gusta ver á usted tan animoso!

MARQ. El aire puro de la mañana, que ensancha mis

pulmones, la esperanza de correr un magnífico ciervo; este lujo que me rodea, y de que estuve privado por tanto tiempo, careciendo aun de las más precisas comodidades; tu belleza y tu gracia: todo me reanima, alegra y enloquece. Sí, hija mía, tu padre tiene veinte años menos desde que recuperó sus dominios y ve asegurado tu porvenir.

ELEN. ¡Qué bueno es usted, padre mío!

MARQ. Y tú, ¿no eres dichosa?

ELEN. ¡Ah! sí señor: porque su felicidad de usted es mi felicidad, y todo me alegra cuando le veo á usted contento.

MARQ. ¿Cómo no estarlo? Me parece que esta vida es infinitamente mejor que la triste y miserable que pasamos en aquel odioso rincón de Alemania.

ELEN. No olvide usted, papá, cuánto amo ese rincón que usted llama odioso, y que en él viven mis más dulces y queridos recuerdos.

MARQ. ¡Vaya un sentimentalismo!

ELEN. ¡Por Dios papá! En Alemania nací, y en Alemania me he criado. Además, allí reposan los sagrados restos de mi adorada madre, que no he conocido. Aquel país, que ofreció á ustedes un refugio en su voluntario destierro, fué para mí una patria, y cuando le tuve que dar el último adios, lloré.

MARQ. Niña, tú no puedes apreciar nuestra situación presente porque... ignoras lo pasado. Tú no conociste el aciago día en que me ví obligado á dejar este hogar, la casa de mis padres, y hasta Francia, que estaba en poder de un puñado de facciosos. ¡Y si yo entónces me hubicse dejado llevar de los instintos militares de mi raza, por Cristo, que me habría quedado; pero la monarquía agonizante, necesitaba de mis sacrificios; no titubeé y partí. (Yendo hácia la ventaña.) ¡Y la Baronesa no viene!... Esa sí que se aburría en Alemania!

ELEN. Pues yo la he oido decir con frecuencia, que

formaban ustedes una pequeña colonia muy alegre.

MARQ. Sí; eso fué al principio. Gozábamos al vernos pobres; y como cosa nueva y rara, lo tomábamos á juego. Pero esa clase de juegos cansa muy pronto.

ELEN. La felicidad puede existir hasta en la pobreza.

MARQ. No soy de esa opinión. La felicidad sólo se alcanza con muchas comodidades y buenos alimentos. Cuando pienso que desde 1791 á 1815... ¿Cuántos años restan?

ELEN. Veinticuatro.

MARQ. De modo que he pasado veinticuatro años entre aquellos...

ELEN. En su mano de usted estuvo el abreviar la duración del destierro.

MARQ. Sí: haciendo lo que la Baronesa de Vaubert; que por salvar la herencia de su hijo, se vino á Francia, y vivió bajo el yugo del usurpador. ¡Nunca, nunca!... Y eso que Bonaparte trabajó cuanto pudo por ver si me atraía á su lado. Esperaba conquistarme á fuerza de victorias...

ELEN. (Sonriéndose.) ¡Muchas alcanzó!

MARQ. ¡Bah! ¿Y de qué le han servido? Lo cierto es que yo no volví á Francia hasta hace dos años, y vine con mi rey.

ELEN. ¡Bendita sea la memoria del hombre honrado y escrupuloso, que cuando usted entraba con su rey le hizo entrega del patrimonio de nuestros mayores!

MARQ. ¿De quién hablas? ¡Ah! ya: de Tomás Stamply, mi antiguo colono... Sí, era un buen hombre.

ELEN. ¡Oh! ¡Era además un verdadero y excelente amigo! ¡Cuánto reconocimiento le debemos!

MARQ. ¿Yó?

ELEN. ¿Olvida usted la sencillez conmovedora conque nos recibió á la puerta del castillo? Sus rodillas flaqueaban; tenía los ojos bañados en lágrimas; cogió á usted la mano, se la besó, y le dijo con voz entrecortada: «Señor Marqués, vuestra señoría está en su casa.»

MARQ. ¿Y qué? ¿No era esta mi casa?

ELEN. La República había confiscado y vendido á usted todos sus bienes.

MARQ. Pero yo no reconocí nunca en ella el derecho de robarme.

ELEN. Sin embargo...

MARQ. Afortunadamente, las fincas existían en poder de Stamply, que las había adquirido por un pedazo de pan, como quien dice; me las devolvió todas en buen estado, y hasta mejoradas; porque era un hombre que entendía mucho del campo y de los negocios. Reconocí que se había portado bien, y por eso le colmé de distinciones. Siempre que le divisaba, aunque fuese desde muy lejos, ya le estaba yo saludando. «Adiós, buenos días, señor Stamply!» Y se quedaba tan orgulloso y agradecido. Cuando murió, tú deseaste que se le enterrase dentro del parque en un mausoleo. ¿Me opuse? No señor: se le enterró dentro del parque; se le hizo un magnífico mausoleo; nada economicé. Si no está satisfecho de mí, será muy descontentadizo. Yo le he pagado con creces, y quedamos en paz.

ELEN. ¿Papá, si viera usted la pena que me causa oirle hablar así!

MARQ. ¿Cómo quieres que hable?

ELEN. Hay beneficios que solo se pagan con amor y eterna gratitud.

JAZM. (Anunciando.) La señora Baronesa de Vaubert y su hijo.

MARQ. (Aparte.) Vienen con retraso; pero muy apropósito. (Alto.) Que pasen. (Estrechando á Elena entre sus brazos.) ¡Ea, no se hable más del asunto! ¡Abrázame!

## ESCENA V.

EL MARQUÉS.—ELENA.—RAUL.—LA BARONESA.—JAZMÍN y DOS LACAYOS, que llevan la librea de la Seigliere. Jazmín y los dos lacayos colocan la mesa en el centro, y se retiran al fondo.

MARQ. Buenos días, Baronesa.

BAR. Muy buenos, padre feliz.

RAUL. (A Elena.) Elena...

ELEN. Buenos días, Raul.

MARQ. ¿Cómo tan tarde? ¡Qué perezosa es usted! (A Raul.) ¡Y usted lo mismo!... Jazmín, el almuerzo.

JAZM. Está servido, señor Marqués.

MARQ. A la mesa. La Baronesa al lado de su antiguo amigo; Elena al de su prometido esposo. Ríñele, hija mía. ¡Vive Dios, que en mis tiempos eran los jóvenes más vehementes! Cuando se trataba de correr un ciervo en compañía de una bella, yo despertaba con la aurora. (Mientras dice esto, la Baronesa ha besado á Elena. Todos se sientan á la mesa, guardando el orden indicado por el Marqués. Detras de éste y á su derecha, se coloca Jazmín: los lacayos tras de Raul.)

BAR. Amigos mios, si Raul no ha venido con puntualidad, mia es la culpa. Marqués, no puedo admirar hoy sus triunfos venatorios.

MARQ. ¿Cómo es eso? Jazmín, perdices.

BAR. Ayer no estaba buena; y he pasado mala noche.

MARQ. No lo demuestra el semblante. Parece usted una rosa cogida en la más fresca mañanita de Mayo. Jazmín, echame vino (Viendo que no le llena la copa.) Bergante, echa como si fuese para tí. (Bebe.) Pues yo tengo una salud de hierro.

BAR. (Sonriéndose.) Lo celebro; pero eso no evita que yo me encuentre delicada.

MARQ. ¿Qué hay, joven sabio? ¿Hemos descubierto esta mañana alguna mariposa, algún grillo, ó yerbajo?

RAUL. Un yerbajo, sí señor; pero un yerbajo que faltaba precisamente en mi colección.

MARQ. ¡Perder el sueño y la paciencia en busca de vegetales, que no sirven ni para hacer ensalada!... ¡Hé aquí, Baronesa, los resultados de la educación que ha dado usted á su hijo! Hacer de un noble un sabio, que solo goza cuando está rodeado de librotes, bichos muertos, hierba seca y pedruscos.

RAUL. La época de guerrear ha pasado, señor Marqués; el imperio de la fuerza bruta no volverá.

El derecho de gobernar al mundo pertenece hoy á las artes y á las ciencias. Y así como hace algunos siglos, la antigua nobleza tuvo su más honroso puesto en las Cruzadas, debe ocupar ahora la primera fila en las conquistas de la inteligencia, so pena de anularse.

BAR. Sí; pero siempre que los nuevos cruzados no comprometan su salud con el escesivo estudio y con peligrosas escursiones.

MARQ. Ya está usted temblando por la salud de Raul. ¡Cuidadito no se constipe!

BAR. ¿Y es usted, amigo mío, quien se burla de mis cuidados? Usted que trata á su Elena con mayor mimo y ternura que una madre? Buena muestra de ello, los abrazos que se daban ustedes cuando entramos.

MARQ. ¡Ah! Sí; y por cierto que llegaron ustedes muy á tiempo, por que la señorita pretendía darme una lección de gratitud,

BAR. ¡Oiga! ¿Y con qué motivo?

MARQ. Pues... apropósito del difunto Stamply.

BAR. ¿De su antiguo colono?...

ELEN. Papá, por favor. Hablemos de otra cosa.

MARQ. No, hija, no. Aunque estoy seguro de que me condenas injustamente, necesito tranquilizarte, y nadie puede hacerlo mejor que la Baronesa, pues fué ella quien predispuso el ánimo del colono para que me restituyera mis bienes.

BAR. Acto que Stamply hubiera tenido que realizar mas tarde, obligado por la fuerza de la ley. Pero le bastó el grito de su conciencia y el clamor de la opinión pública para comprender que no debía ni podía continuar poseyendo el dominio de sus antiguos señores.

MARQ. ¡Eso es!

BAR. Aquel hombre no hizo más que cumplir con su obligación.

MARQ. ¡Es evidente! (A Elena.) Lo que yo te decía.

ELEN. ¿Y qué, la conducta del anciano colono al desprenderse voluntariamente de una gran fortuna, adquirida con el fruto de su trabajo y de

sus economías, no vale nada porque obró en cumplimiento de su deber?

BAR. Claro está que sí... algo vale; pero no tanto que...

ELEN. Para mí vale mucho. Nadie como yo supo apreciar á Stamply: bajo aquel aspecto rústico escondía un corazón de oro.

RAUL. ¡Usted le amaba!

ELEN. Sí: le amé y no me arrepiento. ¡Le amé porque era bueno y desgraciado! ¡Qué horrible desdicha fué para él la muerte de su hijo!

MARQ. Ahora toca hablar del húsar!

ELEN. ¡De un héroe!

MARQ. ¿Un héroe? ¿Un héroe porque le mataron como á una liebre, en no sé qué encuentro?

ELEN. En Moscowa, papá; en aquella terrible batalla; allí perdió la vida, no como una liebre, sino como un bravo, al frente del regimiento que mandaba.

MARQ. ¿Y eso qué prueba? Aquí tienen ustedes á Jazmín, que no es valiente, ni mucho ménos. ¿Verdad que no eres valiente?

JAZM. Yo me contento con servir á su señoría.

MARQ. Pues aunque te diesen un balazo en mitad del pecho, dejándote tendido en tierra, no por eso dejarías de haber sido siempre un cobarde. Sírvenos el café, papanatas. (Elena, Raul y la Baronesa se levantan.)

ELEN. Bernardo no nocesitó morir para acreditar su valor. Ganó todos sus ascensos con hechos heróicos, y admira la rapidez de su carrera. Usted conoce bien su historia militar, y no creo necesario recordársela.

MARQ. (Levantándose.) No, no es menester, ni quiero que me la recuerdes. ¡Bien me mareó el padre relatándome las hazañas de su hijo! ¡Vamos, si no sabía hablar de otra cosa! Y como si no fuera esto bastante, cierto día me entregó un paquete de cartas que abultaba tanto así (Señalando con las manos.), suplicándome que las leyese. Era la correspondencia del húsar.

BAR. ¿Cartas del señor Bernardo?

MARQ. Sí señora; que Stamply conservaba como una reliquia. Yo, siempre galante y bondadoso, tomé el paqnete y lo guardé en un cajón. Algunos días después, se lo devolví, diciéndole por halagarle: «¡Muy bien, señor Stamply, muy bien!... Buena forma de letra, correcta ortografía .. Es lástima que el muchacho haya muerto, porque hubiera servido para algo, y sus cartas me han complacido sobremanera.»

BAR. ¿Ese juicio formó usted de ellas?

MARQ. ¿Yo?... Si no he leido ninguna.

ELEN. (Pasando por delante de Raul.) Pues yo, papá, las he leido todas.

MARQ. (Asombrado.) ¡No es posible!

ELEN. En mi poder están. El pobre anciano me las entregó al morir; y crea usted que podía mostrarlas con orgullo, porque son un verdadero título de nobleza.

MARQ. Los padres se entusiasman hasta con las nece dades de sus hijuelos.

ELEN. Si como yo, hubiese usted leido esas cartas, escritas por el soldado en la embriaguez del triunfo, al día siguiente de una batalla, hubiera envidiado á Stamply la honra de tener semejante hijo. Dentro de una de ellas le remitía la primera cinta encarnada que adornó su pecho; cinta que el padre cubría de amorosos besos á toda hora, aspirando el olor de la pólvora que aun conservaba. Ni la condecoración era la Cruz de San Luis, ni el autor de las cartas pertenecía á la nobleza; pero estoy segura de que se hubiera usted envanecido al poder estrechar la mano del que las escribió.

MARQ. (Con desdén.) ¿Yo? No lo creas.

RAUL. ¡Bien, Elena, bien!

MARQ. ¡Vamos, vamos, cálmate!

BAR. ¡Cuánto fuego, cuánto entusiasmo! Ciertamente, debemos considerar como una dicha el que Bernardo no esté en el mundo.

ELEN. ¿Por qué Baronesa?

BAR. Porque pudiera ser para mi hijo un rival muy temible.

ELEN. (Con resentimiento.) ¡Señora! (Va á sentarse cerca del velador, á la derecha. La Baronesa se acerca á ella, cogiéndole una mano afectuosamente.)

MARQ. (Riéndose.) ¡Bravo! ¿Qué dice usted de esto, Raul? ¡La heredera del Marqués de La Seigliere, enamorada de un húsar... de un húsar de Bonaparte!

RAUL. Señor Marqués, Bonaparte fué miembro del Instituto.

MARQ. ¿Sí? Es lo único que le faltaba. (Entra Jazmín con un paquete de cartas y periódicos.) Vaya, dejemos á Stamply y á su hijo que descansen en paz, y tratemos de cosas más importantes. ¿Jazmín, están á punto los monteros, los caballos y las jaurías? Yo montaré á Rolando, ¿Qué traes ahí?

JAZM. Cartas y periódicos para el señor Marqués y para la señora Baronesa

MARQ. (Leyendo.) «*La Bandera Blanca, La Cuotidiana, El periódico de los sábios...*» Este no es para mí... Tome usted, Raul. (Jazmín lleva el periódico á Raul, que le quita la faja y le recorre. Elena toma otro periódico y se pone á leerlo, léjos de Raul. Vase Jazmín.) ¡Ah! Un pliego para usted, Baronesa. (Entrega el pliego á la Baronesa.)

BAR. (Separándose de Elena, después de cojer la carta.) Es de mi buen amigo el presidente Malebois, nuestro compañero de destierro. (Abre el pliego y examina cuanto contiene.)

MARQ. ¡Hoy Canciller!

BAR. Justo. Hace tiempo que le tenía pedída una plaza de Magistrado para el señor Destournelles.

MARQ. ¡Ah! para la flor y nata de los abogados de nuestro distrito: su antiguo adorador de usted. Vamos, no pudiendo usted corresponder á sus amorosas instancias, procura recompensarle con ese destino.

BAR. No es eso. Yo pedí la plaza cuando el señor Destournelles intervino en nuestros asuntos, como abogado.

MARQ. ¿Qué dice Malebois?

BAR. Dentro de este pliego, me remite otro con el nombramiento y una carta para Destournelles, en que le ordena que vaya inmediatamente á tomar posesión del cargo, pues desea que forme parte del Tribunal en la próxima vista de un asunto importante.

MARQ. ¡Por fin se va usted á ver libre de sus impertinencias! Digo, si Destournelles no sacrifica el empleo en aras del amor.

BAR. No hay cuidado: ese cargo fué la ambición de toda su vida. Pero si lo renunciase, la primera vez que me vuelva á importunar con sus galanterías, será la última. Para nada le necesito, y he resuelto alejarle de mi trato, sin ninguna consideración.

MARQ. ¡Bien hecho! No me gusta ese hombre.

BAR. Como desquite, se goza usted en sacarle de sus casillas.

MARQ. ¡Viejo zorro! Ayer tarde le ví rondar el castillo de Vaubert. Sin duda, esperaba encontrarse con usted en el camino, pero no lo consiguió. Apostaría cualquier cosa á que ahora mismo se dirije allá, con el trotecillo que suele; y me alegro, porque le darán con la puerta en las narices.

JAZM. (Anunciando.) El señor Destournelles.

MARQ. ¿No lo decía yo? En nombrando al ruín de Roma...

BAR. ¡Hasta aquí me persigue!

MARQ. Habrá husmeado la buena noticia que va usted á darle.

BAR. Ahora no se la doy. Esta misma tarde mandaré que le dejen el pliego en su casa, pero de modo que ignore quién se lo envía; para que no imagine que me considero obligada y le favorezco.

MARQ. (A Jazmín.) Que entre.

## ESCENA VI.

DICHOS.—DESTOURNELLES.

JAZM. El señor Destournelles.

MARQ. (Riéndose.) ¡Salud al gran lejista!

DEST. Salud á todos. Señor Marqués, me complace verle de tan buen humor.

MARQ. ¿Y cómo no estarlo? Usted lleva siempre la alegría por donde quiera que va.

DEST. Mi profesión me manda consolar al triste. Y algunas veces le suelo divertir.

MARQ. Aseguran también, que, no contento con los triunfos que alcanza en el foro, defendiendo *toda clase de causas*, pretende usted coronar su frente con algunas ramas de mirto, cogidas en el bosque del amor.

DEST. ¡Ah! No señor; yo aprovecho las vacaciones del tribunal, entregándome á mis aficiones campestres. Me encanta la naturaleza.

MARQ. Vamos, á usted le gusta el género pastoril.

DEST. Sí, y la casualidad ha hecho que mi paseo me conduzca hacia su casa de usted.

MARQ. (Como burlándose.) ¿La casualidad?

DEST. La casualidad, puesto que paseaba á la ventura, casi distraido. Al hallarme aquí cerca, ¿cómo no ofrecer mis respetos al señor Marqués? (Entra por el fondo Jazmín y coloca sobre una silla, cerca de la puerta, el cuchillo de monte, el látigo y la gorra del Marqués.)

MARQ. (Con intención.) De camino logra usted la dicha inesperada de saludar á la señora Baronesa.

DEST. (Inclinándose.) Confieso que no contaba con tan buena fortuna.

MARQ. (Dándole en el codo.) ¡Tunante!...

DEST. ¿Eh?

MARQ. (A Jazmín.) Jazmín, ¿está todo corriente?

JAZM. Todo, señor; aunque ha sido muy dificil ensillar al caballo Rolando. Nunca le he visto tan furioso, y se necesitan dos hombres para conte-

nerlo. (Elena, algo asustada, se levanta y aproxima á su padre.)

MARQ. (Tranquilizándola.) No te asustes; que yo le volveré manso como un cordero. Baronesa, ¿viene usted por fin, ó se queda? (Elena pasa al lado de la Baronesa.)

BAR. Me quedo.

MARQ. Peor para usted... Mi cinturón. (Jazmín se lo trae y le ayuda á ponérselo.)

DEST. (Aparte, con satisfacción.) ¡Se queda!

MARQ. (Enganchándose la hebilla del cinturón.) Si el señor Destournelles quiere correr un ciervo con nosotros, le cederé á Rolando.

DEST. Tan dificil me sería montar ese animalito, como á usted defender un pleito. Soy mal ginete.

ELEN. Señor Destournelles, habíamos dispuesto que pusieran el coche por si quería venir la señora Baronesa; y si usted desea acompañarnos en él...

DEST. Gracias, señorita, gracias, pero no me gusta la caza. (Aparte.) ¡Qué niña tan excelente; siempre procurando endulzar las sandeces de su padre!

MARQ. ¡Mis guantes! A propósito, señor Destournelles; que no se olvide usted de avisarme cuando defienda un buen pleito, pues deseo oirle.

DEST. ¡Cuánta bondad!

MARQ. Dicen que tiene usted un pico de oro, y que hace de lo blanco negro y de lo negro blanco. ¡Es una maravilla!

DEST. Ya me juzgará usted cuando me escuche. Sobre todo si cae en mis manos algun pleito suyo. (Aparte.) Yo no tengo mal corazón, pero me alegraría de que Rolando le rompiese un par de costillas!

MARQ. ¡Mi látigo; mi gorra! Raul, dele usted la mano á su prometida.

RAUL. (Pasando por detrás del Marqués á coger el brazo de Elena.) ¡Ah, sí! (Aparte.) ¡Y tener que abandonar mi periódico! (Alto.) Vamos, Elena.

ELEN. Adios, mi buen amigo. (A Destournelles.)

DEST. Señorita...

ELEN. (A la Baronesa.) Hasta luego.

BAR. Hasta la tarde, hija mía. (Va hasta el fondo acom-

pañando á Elena y Raul, y después se asoma á la ventana de la derecha.)

MARQ. (Acercándose á Destournelles.) Me voy, y usted se queda: conque buena suerte.

DEST. ¿Por qué?

MARQ. ¡Adios, conquistador irresistible! (Vase sacudiendo el látigo. Se oye el sonido de uno ó varios cuernos de caza, que va perdiéndose á lo lejos.)

## ESCENA VII.

DESTOURNELLES.—LA BARONESA.

DEST. ¡Qué ruido!... ¡Cuánta animación! Nada le falta á ese hombre para ser dichoso. Con su carácter alegre, ligero y egoista; con su buen estómago, y con riquezas que le permiten cumplir todos sus deseos, vivirá cien años .. y morirá jóven.

BAR. (Dejando la ventana, desde donde ha saludado á los cazadores con el pañuelo. A Destournelles.) ¿De modo, amigo mío, que á juzgar por las palabras con que le recibió el señor Marqués, yo soy la persona que venía usted buscando á esta casa?

DEST. Sí, señora.

BAR. ¿Quiere usted decirme con qué objeto?

DEST. Se lo diré. No deseo otra cosa.

BAR. Advierto á usted, señor Destournelles, que tengo jaqueca, y que me hará un singular obsequio si se explica con la mayor brevedad y precisión, olvidando, ya que el Tribunal está en vacaciones, que es abogado. (Se sienta cerca del velador á la derecha.)

DEST. Nunca, señora, tuve tanta necesidad como hoy de llamar en mi auxilio los recursos de la oratoria y de la elocuencia. Sin embargo, procuraré ser breve.

BAR. Al grano.

DEST. ¿Puedo hablar?

BAR. (Con impaciencia.) ¡Oh!...

DEST. Empiezo. ¿Hasta cuándo, señora Baronesa, he de vivir muriendo? ¿Hasta cuándo?...

BAR. Permita usted que le interrumpa. Eso no es empezar, sino querer seguir una causa vista y sentenciada hace mucho tiempo.

DEST. Perdí la primera instancia, es verdad, y también la apelación; pero no me doy por vencido. Aún me queda el recurso de gracia.

BAR. ¡Vaya por Dios!

DEST. Señora Baronesa: ¿quiere usted premiar, otorgándome su mano, la pasión más constante y verdadera que ha existido debajo del cielo?

BAR. (Levantándose y pasando por delante de Destournelles.) Es la centésima vez que me dice usted lo propio. Si sus discursos en el foro no son más variados, compadezco á los jueces y al auditorio.

DEST. Pues bien, señora Baronesa, sepa usted para siempre, que ni sus desdenes, ni los años, lograrán extinguir la llama que usted ha encendido en mi corazón.

BAR. (Con ironía.) ¡De veras!

DEST. Y que tan solo le queda á usted un medio para desembarazarse de mí.

BAR. ¿Cuál?

DEST. Llamarse la señora Destournelles.

BAR. ¡Oh! Es un medio muy caro. Yo sé otro que me conviene más.

DEST. (Picado.) ¿Quiere usted decírmelo?

BAR. Ya lo sabrá usted... Entre tanto, tenga usted entendido que la Baronesa de Vaubert, está muy satisfecha con su título, y que jamás consentirá en llevar el que usted le ofrece.

DEST. ¿Jamás?

BAR. ¡Jamás! Es mi última palabra.

DEST. ¿A pesar de sus promesas?

BAR. (Con altanería.) ¿De mis promesas? No recuerdo haberle nunca dado ni la más remota esperanza.

DEST. Entonces es posible que tampoco recuerde usted algunos merecimientos mios.

BAR. ¿Qué merecimientos?

DEST. Vamos, será preciso ayudar su memoria. Cierto día, un abogado de Poitiers, vió entrar en su es-

tudio á una señora, que le rogó encarecidamente se encargase de sus negocios. Púsose mi hombre con alma y vida al servicio de la dama, cuyos cortos bienes, que eran su único recurso, se encontraban confiscados en poder de la nación; y cuando á fuerza de ingénio y de trabajo logró que recobrase la Baronesa su modesto patrimonio, vencido por el reconocimiento el orgullo de la ilustre señora, ésta no creyó conveniente manifestar su repugnancia á un enlace desigual. Aquel pobre abogado era entonces un angel, un salvador digno de toda recompensa; y se le dejó entrever un rayito de la gloria apetecida. ¿Porqué no se le desahució desde luego?

BAR. Por lástima, sin duda.

DEST. No: porque se le necesitaba para algo más. Cerca de la casa de la señora Baronesa, en este castillo donde estamos ahora, vivía un hombre, tan miserable en el seno de la opulencia, como Job en su muladar. Era demasiado plebeyo para que los nobles se acercasen á él, y demasiado rico para que los plebeyos dejaran de envidiarle y morderle. Nadie le trataba, porque se decía que había denunciado y despojado á sus señores. Pero la Baronesa, más justa y caritativa, se hizo amiga de aquel pobre anciano, y ganándose su confianza por medio de afectuosas atenciones, llegó á convencerle de que no hallaría reposo, ni consideración entre las gentes, si no hacía donación de todas sus riquezas en favor de los antiguos propietarios. ¿En qué pensaba la Baronesa para obrar así? En que tenía un hijo, y el noble á quien se devolvían los bienes, tenía una hija. El matrimonio de ambos jóvenes se había tratado por las familias desde que eran pequeños.

BAR. ¿Qué servicios ha tenido usted que prestar en este asunto?

DEST. El donante me consultó por indicación de la Baronesa, y yo redacté la minuta para el acta de donación. ¿Qué le parece á usted la historia?

BAR. Muy interesante, y es lástima que haya suprimido usted algunas circunstancias.

DEST. Creía haber referido todo lo que se puede contar.

BAR. Ha olvidado usted decir, por ejemplo, que el abogado, antiguo procurador, solo trataba de dar algún brillo á su pobre escudo de armas, ascendiendo á la magistratura, que fué la ambición de su vida entera, y creyó que el amor facilitaría el logro de sus deseos.

DEST. No, señora; el abogado pretendía ese destino para ocupar una posición algo más conforme con la gerarquía de la dama. ¿Está ya completa la historia?

BAR. Falta el desenlace y si quiere usted oirle...

DEST. Hable usted.

BAR. Una mañana, la Baronesa, hizo comprender claramente al tierno adorador, que no creía en el desinterés de su afecto; que no le amaba; y que aún amándole, no descendería nunca hasta el punto de casarse con un curial. El abogado no quiso desistir, y ella le hizo una reverencia, y se marchó, dejándole entregado á sus reflexiones. (Le saluda y vase por el fondo.)

## ESCENA VIII.

DESTOURNELLES, solo.

¡Ah, señora Baronesa: para cerrar la puerta á mis pretensiones, no era necesario escarnecerme! ¡Siento que se apodera de mi corazón el maldito deseo de venganza!... Pero, ¿cómo vengarme sin cometer una vileza? (Pausa.) ¡Mujer ingrata y orgullosa! Sin tu apoyo alcanzaré la plaza de Magistrado que solicito: me basta la opinión que gozo en el país. (Pausa.) ¡Bien me pagan estas dos familias los grandes favores que me deben!

## ESCENA IX.

DESTOURNELLES.—UN DESCONOCIDO.

DESC. (Entrando por el foro.) Me parece que he esperado bastante. (Reparando en Destournelles.) ¡Ah! ¿Es

al señor Marqués de la Seigliere á quien tengo el honor de hablar?

DEST. ¿Yo? No señor, no soy el Marqués de la Seigliere.

DESC. Me dijeron hace poco que estaba aquí.

DEST. Estuvo; pero ya no está.

DESC. ¿Sabe usted dónde se encuentra ahora?

DEST. Cazando.

DESC. ¡Por vida del... Debieron pasarle recado de que deseaba verle, y se va sin recibirme... ¡Qué grosero!

DEST. Pues no volverá hasta la tarde.

DESC. ¿Es usted de la casa?

DEST. No señor.

DESC. Si aguarda usted al señor Marqués, le haré compañía.

DEST. No le espero. Me he detenido hablando con una señora que acaba de salir, y me marcho.

DESC. La he visto desde lejos. ¿Tiene usted la bondad de decirme quién es esa dama?

DEST. La Baronesa de Vaubert.

DESC. ¿La Baronesa de Vaubert?

DEST. ¿Usted la conoce?

DESC. Personalmente... no.

DEST. ¡Mejor para usted!

DESC. De reputación... mucho.

DEST. ¡Peor para ella!

DESC. Bien se conoce que no es usted su amigo.

DEST. Si usted lo es, siento haber hablado con tanta ligereza, y le ruego que me perdone.

DESC. ¿Yo amigo de... esa señora? Ni lo soy, ni quiero serlo, ni lo seré nunca.

DEST. (Aparte.) Me gusta el carácter franco y resuelto de este hombre.

DESC. ¿Viene con frecuencia por aquí??

DEST. Tanto, que se pasa la vida en casa del Marqués.

DESC. ¡Me alegro, porque necesito hablar con los dos!

DEST. (Aparte.) ¿Qué tendrá que tratar con ellos? (Alto.) Usted no es de este país.

DESC. Tengo que arreglar en él cierto negocio.

DEST. Si busca usted la protección del Marqués de la

Seigliere, poco adelantará. El Marqués no se molesta por nada ni por nadie.

DESC. Veo que no le merece á usted un gran concepto.

DEST. Es más inofensivo que la Baronesa, pero como ella le domina y conduce á su antojo...

DESC. Me extraña que los trate usted y los visite, teniendo tan desfavorable opinión de ambos.

DEST. Manos besa el hombre que quisiera ver cortadas.

DESC. Yo no las he besado jamás. Con todo, si depende usted de esta familia, ó le debe favores...

DEST. No señor: vine aquí por mera cortesía, y he resuelto no volver más. Para nada los necesito; soy abogado de los Tribunales de Poitiers; y ya que usted desconoce el país, y viene para arreglar asuntos, tendré una verdadera satisfacción si puedo serle útil de algún modo. Leonardo Destournelles, servidor de usted.

DESC. Gracias, caballero. Si tuviese que recurrir á un abogado, no lo escogeré, ciertamente, en casa del Marqués de la Seigliere.

DEST. ¿Y por qué no? Un abogado no tiene amigos ni enemigos, sino clientes ó contrarios. Y se equivoca usted al imaginar, por el mero hecho de hallarme aquí, que soy amigo de la casa.

DESC. Por ahora no necesito consultar á nadie. Cuando logre completar cierta noticia que me han dado, veremos.

DEST. ¿Noticia de personas? Conozco á todos los nobles de la comarca.

DESC. No se trata de un noble, sino de... del último propietario de este castillo.

DEST. ¿De Tomás Stamply?

DESC. ¿Le conoció usted?

DEST. Bastante; aunque era de esos hombres de quienes la Curia no hace mucho caso.

DESC. ¿Por qué?

DEST. Porque su carácter conciliador, su honradez y su rectitud, le tenían alejado del templo de la justicia.

DESC. ¡Su rectitud! ¡Su honradez!...

DEST. Detestaba los pleitos; y cuando murió, hacía ya tiempo que no nos veíamos.

DESC. El elogio que le merece Stamply, es justo; lo sé; y sin embargo, usted no debe ignorar que la opinión del país le era contraria.

DEST. En alguna época, no digo que no, porque los envidiosos y los necios abundan en todas partes. Le mordieron mientras vivió en la opulencia; pero cuando restituyó este vasto dominio...

DESC. ¡Restituyó! Caballero, ¿había robado Stamply su hacienda para tener que restituirla?

DEST. Ciertamente que no; y siento haberme expresado con poca propiedad, valiéndome del vocablo conque califican el hecho en esta casa.

DESC. (Irritado.) ¿Sin duda para halagar el orgullo del señor marqués?

DEST. Sin duda: pues todo el mundo sabe que nada ajeno poseía el anciano Stamply, y que se desprendió voluntariamente de sus bienes por medio de una verdadera donación.

DESC. ¿De todos sus bienes?

DEST. De todos. La señora Baronesa de Vaubert, su consejera, no dejó que se reservara ni un rincón donde guarecerse.

DESC. Puesto que se encuentra usted tan enterado de todo, ¿podrá decirme cuál fué la recompensa que tuvo Tomás Stamply por su generoso desprendimiento? Perdone usted si abuso de su bondad, sin conocerle.

DEST. ¿Quiere usted saber la recompensa?

DESC. Debieron considerarle como un padre; consolar sus penas, alegrar su vejez, y cuidarle con amor y respeto.

DEST. Sí, eso fué al principio; cuando, ignorada por los nobles la buena fortuna del Marqués, aún no tenía éste reuniones ni convidados. Entónces se permitía que el buen Tomás los acompañase en la mesa, los paseos y las veladas; se le rogaba que refiriese las hazañas de su hijo, se le oía con entusiasmo, y se le llamaba el patriarca de la familia.

DESC. Bien... ¿Y luego?...

DEST. Luego, pasados algunos meses, no se creyó decoroso que el patriarca alternase con los señores. ¡Eran tan rústicos sus modales!... ¡No sabía hablar más que de Bernardo... su hijo! Así que, después de haberlo acariciado como á un niño, alejaron de su trato á Stamply, como si fuera un perro sarnoso.

DESC. ¡Oh! ¡Qué infamia!

DEST. ¿Qué quiere usted? Los beneficios son una pesadilla para los corazones ingratos; y la presencia del bienhechor humillaba el orgullo del Marqués y de la Baronesa. Un año después de la donación, nadie se acordaba de Stamply, el cual, sin proferir una queja contra aquellos que todo se lo debían, murió olvidado en la casa del guarda, dichoso al dejar este mundo, porque iba á reunirse con su mujer y su hijo.

DESC. ¡Morir, sin tener una mano amiga que le cerrase los ojos!

DEST. ¡Oh! Sí: una mano, casi filial, cumplió tan piadoso deber.

DESC. ¿Cuál? ¿Quién fué tan bueno para... el pobre Stamply?

DEST. La hija del Marqués.

DESC. ¿La hija del Marqués?

DEST. Sí, es un angel, completamente ajena á las intrigas de esta casa; cree cuanto le dicen, y juzga que el colono no hizo otra cosa que restituir los bienes á sus legítimos dueños. No obstante, amó tanto desde el principio al viejo Stamply, que, sin saberlo, tomó á su cargo pagar la deuda del Marqués.

DESC. (Con interés.) ¿Cómo se llama?

DEST. Elena. Elena fué la alegría del pobre abandonado; le visitaba diariamente, acompañándole muchas horas, le distraía con su conversación, prodigándole sonrisas y consuelos, y le cuidaba con el amor de una hija.

DESC. ¡Yo te bendigo, niña incomparable! ¡Te bendigo, y te compadezco, porque es preciso hacer justicia; y que los malvados reciban el castigo de

sus iniquidades! (Pasando por delante de Destournelles.)

DEST. (Aparte.) Habla como un Dios vengador.

DESC. ¿Me ha dicho usted que es abogado?

DEST. Encanecido con el estudio de las leyes.

DESC. ¿Y diga usted, el acto de donación del difunto Stamply, encerraba alguna nulidad?

DEST. Ninguna.

DESC. ¿Si se presentase un heredero, (cuya existencia hubiese ignorado el donante...), por ejemplo; un pariente... cercano?

DEST. Nada conseguiría.

DESC. ¡Cómo! ¿Los herederos?...

DEST. Sólo uno tendría derecho á la revindicación.

DESC. ¿Quién?

DEST. Por desgracia, no se presentará.

DESC. ¿Por qué?

DEST. Porque hace cinco años que está enterrado en Rusia

DESC. ¿El hijo de Stamply?

DEST. Sí: Bernardo.

DESC. ¿De modo, que Bernardo Stamply, á pesar de la donación, podría reclamar una parte de la herencia de su padre?

DEST. Una parte, no. Toda.

DESC. ¿Está usted seguro?

DEST. Segurísimo.

DESC. Renuncio por ahora á mi propósito de ver al marqués de La Seigliere; y si usted me dispensa el obsequio de acompañarme hasta el pueblo, en su estudio de abogado continuaremos esta conversación.

DEST. Estoy á sus órdenes.

DESC. Advierto á usted que se trata de reparar una gran injusticia, á costa del Marqués y de la Baronesa.

DEST. Pague quien deba, que yo no debo nada.

DESC. Pagarán.

DEST. (Cogiendo su sombrero de encima del sillón.) Pues á Poitiers, y comencemos las hostilidades.

DESC. ¡Vamos! (Van hácia la puerta del foro y se paran ante ella.)

DEST. Pase usted.

DESC. Usted primero.

DEST. (Haciendo cumplidos ) ¡Ah! No señor.

DESC. Pase usted sin cumplidos; estoy en mi casa.

DEST. (Trastornado.) ¿En su casa?... ¡Eh!... ¿Cómo, usted es?... ¡Ah! (Cambiando de tono.) Paso delante.

CAE EL TELON.

# ACTO SEGUNDO

Sala del Castillo de la Seigliere, amueblada al gusto del reinado de Luis XIV. Puerta grande al foro, que da á un terrado con balaustrada, por encima de la cual se descubren las copas de los árboles. Dos puertas laterales: la una corresponde á las antesalas y salida principal, y la otra comunica con las habitaciones interiores. Sobre un veladorcito, arrimado á la pared, una bandeja con una botella de vino, copas y bizcochos.

## ESCENA PRIMERA.

ELENA.—EL MARQUES.—RAUL.—Entran por el foro precedidos de dos Lacayos y de dos Monteros. Se oye dentro el sonido de un cuerno de caza.

MARQ. ¡Buena cacería! ¡Gran victoria! ¡Vaya un ciervo! ¡Que su cabeza se clave sobre la puerta del primer patio como glorioso trofeo! Nemrod era á mi lado un pobre cazador de calandrias. (Vanse los lacayos y monteros.) ¿Qué dice usted, joven Barón?

RAUL. Digo, señor Marqués, que no puedo con mi cuerpo. Se necesita ser de hierro para soportar estos ejercicios. ¿Y usted, Elena, no se ha cansado?

ELEN. ¡Oh! No por cierto: tengo mucha resistencia y

me enloquece montar, cuando mi caballo se lanza como una saeta á través de los bosques. Sin embargo, confieso que el espectáculo de la caza me disgusta en el momento de ver al ciervo moribundo y á los perros cubiertos de sangre.

MARQ. Es verdad que el triunfo ha sido costoso: mi mejor sabueso se quedó en el campo de batalla. (A Raul.) ¿Quiere usted que vayamos á ver la entrada de la jauría en la perrera?

RAUL. Mil gracias, señor Marqués, estoy molido.

MARQ. ¿Molido?.. Si no ha hecho usted otra cosa que vagar á su antojo.

RAUL. ¿Vagar? No he perdido el tiempo. (Enseñando un pájaro.) Vea usted un *strix passerina* que enriquecerá mi colección.

MARQ. ¡Hombre, eso es un mochuelo! (Aparte.) Hé aquí lo que sucede con los sábios: están estudiando toda su vida, y no saben siquiera cómo se llaman los animales.

RAUL. Pues con el permiso de ustedes, me voy á casa para descansar un poquito.

MARQ. Sí, métase usted en la cama; pero después de que se la sahumen con espliego.

RAUL. Me acostaría de buen grado, si no me esperase la honra de venir á comer con ustedes.

MARQ. La comida es lo de menos, duerma usted cuanto guste.

RAUL. (Aparte y mirando el mochuelo.) Voy á disecarle en seguida. (Se dirige hacia la puerta de salida.)

ELEN. Hasta luego, Raul.

RAUL. Hasta luego. (Vase.)

## ESCENA II.

ELENA.—EL MARQUÉS.—JAZMIN.

MARQ. (Toca la campanilla y entra Jazmín.) ¡Vaya un joven! ¡No hay cuidado de que se desgracie! ¡Voto al chápiro! Hija, no te doy mi parabién por tu elección... Jazmín, quítame estos arreos. (Jazmín le quita el cinturón.)

ELEN. ¿Mi elección? ¿No fué usted quien tuvo el pen-

samiento de que Raul debía casarse conmigo?

MARQ. ¿Yo? Fué su madre. Yo me lavo las manos... Á mí me pareció bien el proyecto, porque la Baronesa asegura que habeis nacido el uno para el otro.

ELEN. Puede que tenga razón. Raul es bueno, y nos hemos criado juntos.

MARQ. Me agrada esa boda, porque Raul pertenece á la más alta nobleza, circunstancia indispensable en el que haya de llamarse tu esposo.

ELEN. Nunca ha soñado mi corazón otra felicidad que vivir á su lado de usted.

MARQ. ¿Pues y yo? ¿Qué más puedo desear, sino tener en mi jaula un pajarito como tú, que sólo gorjea para su padre? Pero, ¿qué quieres?, dice la Baronesa que es preciso casaros.

ELEN. No corre prisa...

MARQ. Verdaderamente que para tener un yerno tan... ¡Un noble de veinticinco años, que se fatiga cuando ve correr un venado, y que se deleita cazando mochuelos!

ELEN. (En tono de cariñosa reconvención.) En cambio, usted se tira á matar y expone sus preciosos días, como si no me perteneciesen. ¡Ea! Siéntese usted; (El Marqués se sienta cerca del velador, á la derecha.) y mientras llega la hora de comer, bueno será que tome usted una copita de Jerez con bizcochos.

MARQ. Sí que la tomaré; aunque sean dos.

ELEN. Jazmín, vaya usted quitándole á papá las polainas. (Mientras Jazmín se arrodilla á los pies del Marqués, á la derecha, ella va al velador, coje la botella y la copa, que estarán en una bandeja con los bizcochos, y sirve á su padre.)

MARQ. ¡Qué buena hija! (Bebe.)

ELEN. ¿Desea usted alguna otra cosa?

MARQ. Sí que deseo. (Con gestos de cariño.)

ELEN. ¿El qué?

MARQ. Un abrazo.

ELEN. ¡Papá mío! (Se abrazan.) Le dejo á usted un momento, porque voy á mudarme de vestido.

MARQ. (Teniéndole las manos cogidas.) Vé, hija mía, vé,

y ponte muy guapa. (Vase Elena, y desde la puerta envía á su padre un saludo de cariño.)

## ESCENA III.

JAZMÍN.—EL MARQUÉS.—Jazmín acaba de desabotonar las polainas.

MARQ. ¡Tunante, ya estarás contento! ¡Qué importancia te vas á dar, refiriendo á todo el mundo que tu señor ha matado un ciervo de diez años!

JAZM. ¡Si nadie hace otra cosa que ponderar el valor y la inteligencia de su señoría!...

MARQ. (Tirándole de una oreja.) ¡Anda, bergante: no te quejarás de tu suerte!

JAZM. ¡Ay, ay!

MARQ. ¡Estar al servicio de un noble como yo!

JAZM. El montero mayor dice que su señoría se ha cubierto hoy de gloria.

MARQ. ¡Figúrate lo que yo pudiera lucirme en una cacería real! (Jazmín le quita las polainas por completo y el Marqués se frota las pantorrillas.) Jazmín, ¿qué te parece esto?

JAZM. (Arrodillado aún.) Digo, que el señor Marqués tiene la mejor pantorrilla del país.

MARQ. Eso, en cuanto á la forma; pero, ¿y la dureza?... Toca, Jazmín, toca; te lo permito.

JAZM. Parece de mármol.

MARQ. A no ser por la emigración, la pantorrilla no existiría en Francia; pero nosotres la hemos salvado.

JAZM. Si el señor Marqués quisiera volverse á casar, encontraría mil...

MARQ. Calla, aduladorzuelo, y dame otra copita de Jerez, que ese vino de España me rejuvenece el corazón. (Coje Jazmín la botella y le sirve.)

JAZM. ¡Tiene mucha fuerza!

MARQ. ¿Qué sabes tú?

JAZM. ¿Yo?... Me lo figuro. (Se oye dentro la voz de la Baronesa.)

MARQ. ¡Eh! La Baronesa.

## ESCENA IV.

La Baronesa, que entra azorada.—El Marqués.—Jazmín.

Bar. ¡Acabo de saber!... Déjanos, Jazmín.

Marq. Sí, vete. (Vase Jazmín, llevándose las prendas que ha quitado al Marqués.) Baronesa, ¡he matado un ciervo del tamaño de un elefante!

Bar. (Que ha seguido con la vista á Jazmín.) ¡Para ciervos estamos ahora!

Marq. ¿Qué pasa?

Bar. Ya que nadie nos escucha, ¡sepa usted que todo se ha perdido!

Marq. ¿Eh? ¿Cómo perdido?

Bar. ¿Cree usted en la resurección de los muertos?

Marq. La resurección de la carne, querrá usted decir.

Bar. Bernardo Stamply, el hijo de Tomás, el héroe, muerto en Rusia...

Marq. ¡Acabe usted!

Bar. Existe, y le han visto hace poco en Poitiers, vivo y sano.

Marq. ¿Y á mí, qué me importa?

Bar. ¿No le importa á usted que exista ese bribón, y que haya identificado su persona?

Marq. No me importa un comino. Mejor para él, si logró salvar el pellejo. ¿Por qué no ha venido á verme?

Bar. Descuide usted, que no tardará en darle ese gusto.

Marq. Que venga: le atenderemos y se le dará cuanto necesite.

Bar. ¿Y si lo necesita todo?

Marq. ¿Cómo todo?

Bar. ¿Ha leido usted un libro que se titula el Código civil?

Marq. ¿El Código civil?

Bar. Sí, el Código de Napoleón.

Marq. Nunca.

Bar. Es un libro muy dulce cuando favorece nuestra conveniencia; pero amarguísimo cuando perjudica nuestros intereses. Dudo que le agrade á

usted el capítulo que trata de las donaciones inter-vivos; y, sin embargo, le aconsejo que lo lea detenidamente.

MARQ. No me gusta leer; y agradeceré á usted que me explique lo que todo esto significa.

BAR. Esto significa, señor Marqués, que Tomás Stamply, viviendo su hijo, sólo hubiera podido disponer en favor de usted de la mitad de sus bienes; y como dispuso de todos, en la falsa creencia de que Bernardo había fallecido, la donación es nula. Esto significa que no está usted en su casa; que Bernardo va á solicitar la revindicación, y que el día menos pensado, provisto de una sentencia firme, le pondrá á usted de patitas en la calle. ¿Comprende usted ahora?

MARQ. (Pasando por delante de la Baronesa.) ¡Tá .. tá... tá!... ¡Valiente cuidado se me dá á mí del Código de Napoleón y del capítulo que trata de las donaciones inter-vivos! ¿Dónde está la donación? ¡Me restituyeron lo que me habían robado! ¡Bonita palabra: una donación! O lo que es lo mismo: ¡una limosna! Señora Baronesa, ningún La Seigliere recibió nunca nada que no viniese de la mano de Dios.

BAR. (Aparte.) ¡Qué rancias pretensiones!

MARQ. ¡Una donación! ¡Voto á dos mil legiones del... ¿Conque estoy en mi casa, dichoso, tranquilo; y porque á un difunto le dé la gana de revivir, debo entregarle la fortuna de mis antepasados?

BAR. Marqués, tengamos formalidad, que el asunto es más grave de lo que parece. Hasta hoy, todos hemos respetado sus ilusiones de usted, por cortesía; pero ha llegado la hora de hablar francamente. Tomás Stamply, compró con su dinero los dominios de La Seigliere; fué legalmente su propietario; y al devolvérselos á usted, hizo una verdadera donación, que usted aceptó con alma y vida.

MARQ. ¡Por la sangre de mis ilustres progenitores!...

BAR. Deje usted en paz á los muertos, que bastante nos ha caido que hacer con los vivos. Tengo la

certeza de que Bernardo estará aquí dentro de poco.

MARQ. ¡Imposible! Bernardo murió en la batalla de Moscowa.

BAR. Pronto le desengañará á usted su presencia, y la de su defensor: un abogado... amigo nuestro... á quien recibió usted muy afectuosamente esta mañana.

MARQ. ¿Destournelles? ¡Ingrato!...

BAR. Destournelles, á quien ha dado plenos poderes el hijo de Tomás Stamply. Siguiendo las instrucciones de su abogado, Bernardo hará personalmente una reclamación extrajudicial, y si no logra nada, solicitará del juez el requerimiento, que va á caer sobre usted como una bomba.

MARQ. Pero, ¿cómo sabe usted todo eso?

BAR. Por un ahijado mío, escribiente del Procurador que desde esta mañana tiene á su cargo el negocio. ¿Qué piensa usted hacer cuando Bernardo se presente?

MARQ. ¡Mandarlo al infierno!

BAR. ¿Está usted loco?

MARQ. Si hace falta pleitear, pleitearé.

BAR. Es usted un niño.

MARQ. Tendré al monarca de mi parte.

BAR. Y Bernardo tendrá de la suya á la ley.

MARQ. (Muy incomodado.) Quemaré este castillo, y las granjas y los bosques: todo, y me comeré hasta el último hierbajo, ántes que entregarle nada.

BAR. ¿No teme usted que figure su ilustre nombre en un pleito ruidosísimo, que no podrá ganar de ninguna manera?

MARQ. ¡Por Dios, Baronesa! ¿Qué quiere usted que haga?

BAR. Voy á decírselo. ¿Conoce usted la historia del caracol que se introdujo en una colmena?

MARQ. ¿De un caracol?... No señora; pero se lo preguntaré á Raul que es fuerte en historia natural.

BAR. Pues sepa usted que al verle dentro de su casa, las abejas le fueron untando miel y cera hasta formar con él una bola fácil de rodar, y de este

modo se deshicieron mañosamente del huésped importuno, poniéndole en mitad del arroyo.

MARQ. ¿Qué tiene que ver ese cuento con la situación en que nos encontramos?

BAR. Ese joven se vé desposeido de todos sus bienes, y como es probable que Destournelles, á quien desahucié esta mañana, le haya enterado de los rumores que circulan acerca de nuestra conducta con el viejo Stamply, vendrá furioso como un tigre. Pues bien, es necesario limar á esa fiera los dientes y las uñas.

MARQ. Comienzo á comprender...

BAR. Si Bernardo se muestra orgulloso, nosotros pacientes y resignados. Guárdese usted mucho de discutir sus derechos. Léjos de contrariarle, halague usted sus opiniones. Untémosle de miel. Lo primero y más esencial, es marearle á fuerza de halagos, y conseguir que se quede como huésped en el castillo. Si esto se logra, ganaremos tiempo, y el tiempo hará lo restante.

MARQ. !Una legión de demonios! ¿Qué papel vamos á representar aquí?

BAR. ¡Un gran papel! Vamos á combatir por nuestros principios, por nuestros intereses, por nuestras creencias y por nuestros hogares, contra la usurpación hecha al amparo de una infame legalidad.

MARQ. Pero vamos á combatir como reptiles; y si es verdad que Tomás Stamply fué legítimo dueño de estos bienes...

BAR. No propongo á usted nada indigno: deseo que conserve lo que moralmente es suyo, ó á lo menos que pueda salvar alguna parte por medio de una transacción. Ese joven no necesita ser millonario para vivir dichoso; y con una modesta pensión que usted le señale...

MARQ. Todo eso está muy bien; pero yo no sirvo para defender mis intereses á fuerza de humillaciones.

BAR. Entónces, perdido por uno, perdido por mil y quinientos. Véngase usted con su hija á mi humilde castillo de Vaubert, que yo les daré asilo,

partiendo con ambos mi pobre fortuna. Desde allí podrá usted contemplar á su gusto este que hoy ocupa, y hasta entretenerse, viendo cazar en sus bosques al señor Bernardo Stamply.

MARQ. ¡Calle usted, Baronesa! ¡Acabará usted por desesperarme!

BAR. Señalo á usted, con el mejor deseo, los dos caminos que puede seguir. ¿Qué pido? ¿Qué quiero? La dicha de los séres que más amo sobre la tierra. No me asusta la idea de vivir pobremente con todos ustedes en mi humilde choza. Pero, ¿y su Elena? ¿Y los nietezuelos que debemos esperar de la proyectada unión de nuestros hijos?

MARQ. Tiene usted razón; ¡pobres criaturas! ¡Es necesario salvar su nido á toda costa! (Besa la mano á la Baronesa.)

JAZM. (Anunciando.) El caballero que vino en busca del señor Marqués esta mañana.

MARQ. (Aparte.) ¿Será el hijo de Stamply?

JAZM. Viene acompañado del señor Destournelles.

BAR. (Bajo al Marqués.) ¡Oh! El traidor no se aparta de Bernardo... Si asiste á la primera entrevista, dará al traste con nuestros proyectos. (Sigue hablando con reserva.)

MARQ. Lo echaré por la ventana.

BAR. ¡Prudencia!

MARQ. ¿Cómo deshacernos de él?

BAR. Hoy no es facil; pero mañana... Le envié la carta del canciller, y el nombramiento; pero no estaba en su casa. Cuando sepa que debe tomar inmediatamente posesión del destino, partirá. No es probable que por un pleito sacrifique Destournelles su plaza de magistrado.

MARQ. (A Jazmín.) Que pasen.

BAR. Marqués, mucho cuidado, que el momento es solemne. Acuérdese usted de la historia del caracol.

## ESCENA V.

LA BARONESA.—EL MARQUÉS.—BERNARDO.
DESTOURNELLES.

(Jazmín introduce á los recién llegados, y vase después de proporcionarles asiento. Destournelles, que entró el primero, saluda gravemente; y Bernardo va derecho al Marqués.)

BERN. ¿El señor Marqués de la Seigliere?...

MARQ. Servidor. ¿Usted es?...

DEST. (Con viveza, pasando por delante de Bernardo.) Un momento... un momento... (Fingiendo que no ha reparado hasta entónces en la Baronesa.) ¡Ah! ¡Señora Baronesa, cuánto celebro hallarla aquí!

BAR. ¡Gracias! ¡Usted siempre tan galante!

BERN. (Bajo á Destournelles. A la derecha del escenario.) ¿La baronesa de Vaubert?

DEST. (Idem.) Sí.

BAR. (Bajo al Marqués, después de examinar á Bernardo. Al lado izquierdo.) No parece muy rudo.

MARQ. (Idem con desdén.) ¡Phs! Un soldadote.

BAR. (Idem.) Su mirada es altiva... Importa que nos crean ignorantes de todo.

MARQ. (Idem.) Pierda usted cuidado. (Alto.) ¿A qué debo la honra de tener á ustedes en mi casa?

BERN. Va usted á saberlo.

DEST. Poco á poco... Según lo convenido, no es usted, sino su abogado, quien debe contestar.

BAR. ¿Este caballero, necesita abogado para decirnos el objeto de su venida? ¿Dónde está ese abogado?

DEST. Soy yo, señora Baronesa.

BAR. ¿Usted? .. No comprendo...

MARQ. Yo tampoco.

BERN. (A Destournelles.) Hable usted.

DEST. (Con tono de importancia.) Señor Marqués: entre las muchas distinciones con que usted me honró esta mañana, hay una que me cautiva sobre todas las demás. Su señoría, con frases tan bené-

volas y discretas, como bien intencionadas, me indicó su deseo de oirme cuando defendiese algún pleito de importancia. Pues bien, la suerte acaba de proporcionarme uno maravilloso, que ha de interesarle en sumo grado.

MARQ. ¿Sí, eh? (Bajo á la Baronesa.) ¡Se está divirtiendo conmigo!

DEST. Su asunto es el argumento más singular que Talía envidia á Temis desde que hay teatro y tribunales de justicia. Cuando se vea en el foro, si la señora Baronesa quiere acompañar á su noble amigo, yo, además de reservarles un puesto preferente, procuraré que mi palabra sea digna de tan ilustre auditorio.

MARQ. (Bajo á la Baronesa.) ¡Y continúa! ¡Voy á saltar!

BAR. (Idem al Marqués, pasando por detrás de él.) Calma y sangre fria. (Alto.) ¿Y ese pleito, señor Destournelles?...

DEST. Es el negocio, cuya dirección me ha encomendado este caballero.

BAR. Será agradabilísimo para nosotros oir en la Audiencia la elocuente palabra del señor Destournelles; pero como ahora no estamos en el Tribunal, su venida á esta casa, como abogado, es incomprensible.

MARQ. Justamente: es incomprensible, y no me explico...

BERN. (Resueltamente al Marqués.) ¡Pues bien! Yo se lo diré, puesto que es usted con quien necesito entenderme.

DEST. (Interrumpiéndole.) No, no...

MARQ. (Con importancia, y pasando por delante de la Baronesa.) Caballero, si viene usted para tratar conmigo alguna cuestión de intereses, véase usted con mi mayordomo; pero si el asunto es de otra naturaleza, prevengo á usted que no admitiré la intervención de tercera persona.

BAR. (Aparte.) Gracias á Dios que no ha dicho ninguna inconveniencia.

DEST. Un apoderado tiene la responsabilidad de su poderdante.

MARQ. Eso será en la curia; pero no en mi casa.

DEST. Aquí, y en todas partes.

BERN. (Interrumpiéndole y pasando por delante de él.) ¡Basta, y acabemos de una vez! Lo que mi corazón siente, nadie ha de expresarlo mejor que yo. Ruego á usted, señor Destournelles, que me otorgue la gracia de retirarse.

DEST. ¡Cómo!...

BERN. Lo exijo, si es necesario.

DEST. ¡Corriente! Pero ya que usted se empeña, y que el señor Marqués rechaza la intervención de terceras personas, me retiraré con la señora Baronesa.

BAR. (Aparte.) ¡Ah, ladino!

BERN. (Con viveza.) No: deseo que se quede esta señora, si el Marqués lo permite.

DEST. (Contrariado.) ¿A qué fin?

BAR. (Aparte.) Respiro.

BERN. Lo deseo, porque el asunto que me trae, interesa lo mismo á la señora Baronesa que al señor Marqués.

DEST. (Bajo á Bernardo.) ¡Desgraciado! Usted no conoce á la Baronesa.

BERN. (Idem.) La conozco perfectamente.

DEST. (Idem.) ¡Es una Circe engañadora!

BERN. (Idem.) Respondo de mí. Suplico á usted que nos deje.

DEST. (Aparte.) ¡Está perdido, si no encuentro medio de interrumpir esta entrevista!

MARQ. Señor Destournelles... (Indicándole políticamente la puerta.)

DEST. Ya me voy. (Pasando por delante de Bernardo.) Señora Baronesa, dejo á mi cliente en los jardines de Armida.

MARQ. ¡Adiós, ilustre abogado!

DEST. (Haciendo una reverencia.) Adios, señor Marqués. (Vase.)

## ESCENA VI.

LA BARONESA.—EL MARQUÉS.—BERNARDO.

MARQ. (A Bernardo.) Ya que estamos solos, hágame usted el favor de sentarse, que estoy pronto á oirle. (Se sienta.)

BERN. (Aparte y sentándose.) Procuraré contenerme; pero es preciso que cada una de mis palabras les hiera en el corazón y avive sus remordimientos.

MARQ. Quisiera que tuviese usted la bondad de decirme su nombre.

BERN. Con mucho gusto; pero ante todo, necesito recordar á ustedes algunos antecedentes, que han olvidado, según dicen, á fin de que comprendan las razones que he tenido para dar este paso antes de recurrir á otros.

MARQ. Ya escucho.

BERN. Hace un cuarto de siglo que estaban á punto de suceder grandes acontecimientos, y que una nueva aurora resplandecía en el cielo político de Francia. Usted no fué de los que la saludaron con amor, y sí uno de los primeros en emigrar. La pátria llamó á usted, y viendo que prefería vivir con los enemigos de la nación, le confiscó todos sus bienes.

MARQ. ¡Buena manera de robar!

BAR. (Bajo.) ¡Prudencia!

BERN. Los dominios del Marqués de la Seigliere vinieron á ser propiedad del Estado, y un colono de aquel poderoso señor, los compró con el fruto de su trabajo y de sus economías, logrando mejorarlos á fuerza de constancia y de inteligencia. Andando el tiempo, Tomás Stamply, dejó de ser propietario de sus inmensos bienes, desprendiéndose de ellos con mayor caridad que San Martín cuando partió su capa con el pobre; puesto que el viejo colono se quitó la suya y enterita se la puso á usted.

MARQ. (Levantándose.) ¡Caballero!

BAR. (Aparte al Marqués.) ¡Por favor!...

BERN. ¿Qué mágico poder movió el ánimo de Stamply para tan injustificado y generoso desprendimiento? ¿Puede usted decírmelo, señora Baronesa?

BAR. ¿Yo?

BERN. Si no quiere usted contestarme, yo lo diré aunque les avergüence la relación de su conducta.

MARQ. ¡Procure usted no hacerme olvidar que se encuentra en mi casa!

BERN. ¿En su casa de usted?

BAR. (Al Marqués.) Siéntese usted, amigo mío. (A Bernardo.) Caballero, ya que por su empeño me he quedado aquí, voy á desvanecer una por una todas sus injustas recriminaciones.

BERN. ¿Injustas? ¡Desearía que lo fuesen!

BAR. Como usted no vió nacer aquella nueva aurora de que nos habla, desconoce que fué una aurora de sangre. Si le dijesen que este castillo se vá á desplomar sobre su cabeza, ¿qué haría usted? Si el verdugo, con el dogal escondido le llamase, ¿iría usted á su lado?

BERN. Yo amo el peligro.

BAR. Crea usted que en las filas de la emigración se encontraban nobles corazones, amantes de Francia, y muy desgraciados por no vivir en ella. La batalla de Marignan no quita su mérito á la de Austerliz. Las de Castillón y Marengo son hermanas. No tremolaron sus huestes una misma bandera: es verdad; pero todos esos combates representarán siempre á Francia victoriosa.

MARQ. (Tomando un polvo de rapé.) ¡Cierto, ciertísimo! (Aparte.) ¡Esta Baronesa es el demonio!

BAR. Por lo que toca á Tomás Stamply, ¿quién duda que se desprendió de sus bienes en favor de los antiguos poseedores, obedeciendo únicamente, por gratitud, á las inspiraciones de su hermosa alma?

BERN. Poco tendría que agradecer á los antiguos señores, puesto que mientras vivió su hijo, no se cuidó siquiera de averiguar si existía la familia de La Seigliere.

BAR. Creo que usted calumnia la memoria de Tomás Stamply.

BERN. ¡Yo!

BAR. Si su hijo existiese ..

BERN. (Levantándose.) ¡Su hijo!... Supongamos que existe; que le dejaron por muerto en el campo de batalla; y que, prisionero de los rusos, fué llevado á Siberia, donde vivió cinco años en el más horrible cautiverio. Supongamos que vuelve á su patria, y que le dicen: «Tu padre ha muerto, y no tienes ni bienes de fortuna ni hogar.». Supongamos que procura averiguar lo ocurrido, y sabe que durante su ausencia, han abusado de la bondad y sencillez del anciano para apoderarse de sus riquezas, pagándole después con la más negra ingratitud. ¿Qué debe hacer el hijo? Buscar á los infames, y decirles: yo soy Bernardo Stamply, el hijo del hombre á quien habeis despojado, á quien habeis muerto á fuerza de sinsabores y desprecios. Si tal hiciese el hijo de Tomás, ¿qué responderían los culpables?

BAR. ¿Qué responderían?...

MARQ. (Levantándose y poniéndose en medio.) Va usted á oirlo; y basta de suposiciones, pues ya comprendemos quién es usted.

BAR. (Que se levanta azorada después que el Marqués, y dice bajo á éste.) ¿Qué intenta usted decir?

MARQ. (Sin hacer caso de la Baronesa.) Cuando volví de la emigración y vine á estos lugares, su padre de usted, que era un hombre honrado, me recibió á la puerta del castillo diciéndome: «Señor Marqués, vuestra señoría está en su casa.»

BERN. Me lo han contado.

MARQ. Pues bien, yo respondo al hijo con las mismas palabras de su padre: Señor Bernardo, está usted en su casa; añadiéndole que han debido engañarlo; y que cuando nos trate de contínuo, nos hará justicia, y nos arreglaremos; pues no es de esperar otra cosa tratándose de almas nobles y generosas.

BAR. (Aparte al Marqués.) ¡Muy bien!

BERN. Señor Marqués, yo nada espero de su bondad; y nada debe usted esperar de la mía. La solución del asunto que aquí me trae, está prevista por

la ley. No existe un solo rincón en estos dominios que mi padre no haya regado con el sudor de su frente; y sería indigno que el hijo de Tomás Stamply consintiese en representar una farsa para vender sus agravios. (El Marqués va hácia el foro y vuelve en seguida al lado de la Baronesa.)

BAR. ¡Ah! ¡Usted no es Bernardo, usted no es el hijo de nuestro antiguo amigo!

BERN. ¡Señora Baronesa!...

BAR. No, señor. Su padre de usted era un hombre pacífico, recto y misericordioso; incapaz de dar oidos á la calumnia, y de condenar á nadie sin pruebas. Tomás Stamply no se entregó nunca á los trasportes del resentimiento.

BERN. ¡Señora!...

MARQ. Baronesa, por Dios, deje usted que piense lo que guste; no insista usted más. Nuestra conciencia está tranquila, que es lo importante.

BERN. Señor Marqués, mi corazón no comprende la maldad; creo en el honor, amo la justicia, y daría cualquier cosa por convencerme de que vivo engañado.

BAR. Pues bien, hablemos tranquilamente. (Se oye un lejano rumor de voces. Destournelles entra con precipitación.)

## ESCENA VII.

DICHOS.—DESTOURNELLES.

DEST. ¡Venga usted, jóven, venga usted! ¡Oh! ¡Perdón, señora Baronesa, perdón, señor Marqués; pero estoy tan conmovido!...

MARQ. ¿Qué pasa?

DEST. Que enterada la gente de estos alrededores de la vuelta milagrosa de nuestro joven guerrero, y de que se encuentra aquí...

BAR. (Aparte.) ¡Ah! ¡Viejo enredador!

DEST. Se han entusiasmado, y tienen ustedes en el parque más de doscientas personas que desean

ver al compañero de su infancia, al héroe de Moscowa. ¡Qué episodio para mi discurso de defensa!

MARQ. ¡Señor Destournelles! (El rumor se aumenta.)

DEST. ¡Están locos de alegría! Me han obligado á venir con ellos; y si no sale Bernardo, son capaces de invadir el castillo.

MARQ. ¿Invadir mi castillo? Yo haré que los echen á palos. (Tocando la campanilla.)

BERN. (Al Marqués.) Tranquilícese usted, que yo me asomaré á ese terrado para que me vean, mientras el señor Destournelles me hace el favor de bajar y rogarles que se retiren.

DEST. Así lo haré, y vuelvo en seguida. (Vase por la puerta que sale al parque, y Bernardo se asoma al terrado.)

## ESCENA VIII.

LA BARONESA.—EL MARQUÉS.—BERNARDO en el terrado. Voces dentro.—JAZMÍN.

DENTRO. ¡Viva Bernardo!

BERN. ¡Gracias, amigos míos!

JAZM. (Al Marqués.) ¿Llamaba su señoría?

MARQ. Que cierren inmediatamente todas las puertas de entrada al castillo; y cuidado con abrirlas sin que ya lo ordene.

JAZM. Bien está, señor. (Vase por donde entró.)

DENTRO. ¡Que baje Bernardo!...

BERN. Retiraos; os lo suplico. Luégo me reuniré con vosotros.

BAR. El héroe de Moscowa estaba á punto de rendirse, pero la estratajema de ese maldito abogado... Ya no es posible alejarle de nosotros.

MARQ. Trabajo le mando si quiere volver aquí. ¿Cree usted que he mandado cerrar las puertas por miedo á la irrupción de los bárbaros?

BAR. ¿Fué por él? ¡Magnífica idea! Ahora tengo por seguro que Bernardo capitulará.

MARQ. Aquí viene.

BERN. Por fin Destournelles ha logrado convencerlos,

y ya se retiran. ¡Qué empeño en que habían de darme un abrazo!

BAR. En este país sólo encontrará usted personas que le amen como amaron á Tomás Stamply; y quien diga lo contrario, será su enemigo.

BERN. (Sin hacer caso de la Baronesa.) Señor Marqués, antes de abandonar esta casa, á la que no he de volver sino como propietario, prevengo á usted con ánimo tranquilo, y esta es mi última palabra, que no pienso renunciar á ninguno de mis derechos; y que procederé en todo respetando su dignidad, pero sin rebajar la mía. Doy á usted el tiempo que necesite para que, consultando su delicadeza, adopte la conducta que juzgue más conveniente. (Saluda como despidiéndose. El Marqués contesta al saludo, y Bernardo se dirige hacia la puerta.)

BAR. (Bajo al Marqués.) ¡Se marcha!

MARQ. ¡Qué se vaya! (Se sienta en un sillón á la izquierda.)

BAR. (Acercándose á Bernardo.) Pero Bernardo, ¿es posible?...

BERN. (Volviéndose desde la puerta.) Señora Baronesa, estoy á los piés de usted. (Se inclina saludando, y entra Elena.)

## ESCENA IX.

DICHOS.—ELENA.

(El Marqués sentado; la Baronesa de pié y parada delante de Bernardo. Este se detiene cerca de la puerta de salida al oir á Elena, que entra por la de enfrente, sin reparar en él.)

ELEN. Papá, ¿es verdad lo que dicen? ¿Conque el hijo de Tomás Stamply no murió?

MARQ. (Mostrándole á Bernardo.) No, hija, y ahí le tienes.

ELEN. (Se vuelve con viveza, lo vé y exclama:) ¡Ah!

BERN. (Saludando.) ¡Señorita!

ELEN. ¡Vive!... ¡Qué felicidad!... ¡Bendito sea Dios!

BERN. (Con emoción. Aparte.) ¡Qué alma tan hermosa!

ELEN. Sí, le reconozco, aunque no le había visto jamás. ¡He oido hablar tantas veces de usted!...

BAR. ¡Ahora recuerdo que Bernardo es antiguo amigo tuyo!

ELEN. ¡Y su padre de usted, que murió con la esperanza de hallarle en la otra vida! ¡También el cielo tiene sus penas! La señora Baronesa, al decir que usted es mi amigo, no se equivoca. ¿Cómo no serlo, cuando Tomás Stamply y yo nos queríamos tanto? Con él hablaba de usted; con usted hablaré de él.

BERN. ¡Padre mío!

ELEN. Supongo, papá, que habrás mandado preparar habitación para Bernardo.

BERN. ¡Oh, señorita!...

MARQ. ¿Habitación? Si no quiere nada de nosotros.

BAR. Nos odia.

ELEN. ¿Qué nos odia! ¿Yo amaba á su padre de usted, y usted nos odia? ¿Qué hemos hecho para merecer su aborrecimiento?

BERN. ¡Oh!... Yo no aborrezco á usted, señorita.

ELEN. (Mirando á su padre.) ¿Pues entónces, á quién?

MARQ. La atmósfera que aquí se respira, le envenena.

BAR. Y le sería imposible dormir bajo el mismo techo que nosotros.

ELEN. ¿Cómo? (Para sí.) ¡Noble corazón! Rehusa, creyendo que le queremos pagar la rectitud con que obró su padre al devolver nuestros bienes. (Alto.) Bernardo, nada tenemos que dar á usted; y si le atendiésemos de algún modo, sería devolviéndole con una mano lo que con la otra hemos recibido. Usted aceptará por no humillarnos.

BERN. ¡Ah!...

MARQ. No lo esperes. ¡Antes se cortaría la mano que estrechar una de las nuestras!

ELEN. (Después de una pausa, tendiendo la mano á Bernardo.) Bernardo, ¿es cierto lo que dice mi Padre?

BERN. (Estrechando la mano de Elena.) Señorita, hé aquí la única contestación que le puedo dar.

ELEN. Usted se quedará con nosotros, si no le asusta la

seguridad de verse amado por una nueva familia. En nombre de su padre de usted, que se gozaba en llamarme hija, pido á usted que se quede.

BERN. (Vacilando.) ¿Yo?

ELEN. Se lo suplico, por la santa memoria de su padre.

BAR. (Aparte.) Nuestro es.

ELEN. (Aproximándose al Marqués y la Baronesa.) ¡Unan ustedes sus ruegos á los míos!

BERN. (Aparte.) ¡Y éste ángel vive con ellos! ¿Si me habrán engañado?

ELEN. (A Bernardo.) ¿No me contesta usted?

BAR. (Aparte.) ¡Vacila!

BERN. ¿Yo?... No... sé...

JAZM. (Entrando.) La mesa está servida.

MARQ. (Levantándose.) ¡Santa palabra! ¡A la mesa!

ELEN. (A Bernardo.) Venga usted con nosotros; estará á mi lado, y yo le hablaré de su padre.

BERN. ¡De mi padre!

MARQ. (Cerca de la Baronesa.) Y beberemos un vinillo de que gustaba mucho el buen Tomás.

BERN. (Aparte.) ¿Qué pasa por mí?

## ESCENA X.

DICHOS.—DESTOURNELLES.—Destournelles, á quien se ha visto saltar por la balàustrada del terrado, aparece en la puerta del foro.

BAR. (Con sorpresa.) ¡Destournelles!

DEST. (Entrando.) El mismo.

MARQ. ¿Cómo ha entrado usted por ahí?

DEST. Asaltando la fortaleza. Hallé cerradas todas las puertas del Castillo, y con una escalera del jardinero he podido subir al terrado.

BAR. Llega usted en muy buena ocasión.

ELEN. Y tan buena, puesto que Bernardo va á comer con nosotros, y nuestro querido amigo el señor Destournelles, nos dará también el gusto de acompañarnos á la mesa.

DEST. (Con asombro.) ¿Bernardo se queda á comer con ustedes? (Nadie contesta.)

BERN. (Después de una breve pausa.) Sí: me quedo.

ELEN. (A Bernardo.) ¡Oh! ¡Gracias!

DEST. ¿Es posible?

ELEN. (Con naturalidad.) Es... lo que debe ser.

DEST. (Bajo á Bernardo.) ¡Desgraciado!

BERN. (Idem á Destournelles.) Esta noche nos volveremos á Poitiers.

BAR. (Agarrándose al brazo de Destournelles.) Señor Destournelles, ruego á usted que me dé su brazo.

DEST. (Disimulando su ira.) ¡Con mil amores!

ELEN. Bernardo, tome usted el mío.

BERN. (Dando el brazo á Elena.) ¡Esta es la primera dicha que gozo desde hace cinco años! (Elena con Bernardo, Destournelles con la Baronesa, y el Marqués detrás, se dirigen hacia la puerta que comunica con las habitaciones interiores.)

MARQ. (Aparte.) ¡Bonita procesión!

DEST. (Aparte.) ¡Nos hemos lucido!

CAE EL TELÓN.

# ACTO TERCERO.

La decoración del acto primero.

## ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS.—ELENA.—Luego JAZMÍN.—El Marqués aparece durmiendo en un sillón; y Elena, sentada al lado de un velador, sobre el cual hay diversas flores, hace con ellas una corona que está casi concluida.

MARQ. (Soñando.) ¡Bernardo!... ¡Bernardo!...

ELEN. (Para sí.) ¡Con él sueña mi padre dormido; y con él sueño yo, dormida y despierta!... ¡Hace mes y medio que Bernardo vive con nosotros, y ya todos le quieren bien en esta casa!... ¡Oh! Yo le quería antes de tratarle; pero ahora... ¡ahora le amo! (Pausa.) ¡Si mi padre ó la Baronesa descubriesen esta inclinación que se ha apoderado im provisadamente de mi alma!... ¡Mi padre, que cifra su mayor gloria en la nobleza de la cuna; y la Baronesa, que se empeña en que me he de casar con Raul!... ¡Calla, y muere de pena, corazón mío! (Pausa. A Jazmín, que aparece.) ¿Qué quieres, Jazmín?

JAZM. El señor Marqués me ordenó que le llamase á esta hora; pero como se disgusta siempre que

le despierto, aunque me lo haya mandado... no me atrevo...

ELEN. Bien: yo le despertaré, sin que se incomode. Vete.

JAZM. ¡Gracias, señorita! (Vase.)

## ESCENA II.

EL MARQUÉS.—ELENA.—Esta se levanta, se aproxima quedito á su padre y le besa en la frente.

MARQ. (Despertando.) ¿Quién?... ¡Ah! ¿Eres tú, hija mía?

ELEN. Yo soy. (Se sienta en un taburetillo al lado del Marqués y le coje una mano.)

MARQ. ¡Vamos, he dormido un poquito!

ELEN. ¡Dos horas!

MARQ. ¿Qué quieres? Después de almorzar me entra un sueño... Sobre todo, cuando no tengo en qué entretenerme. Y como Bernardo se marchó á Poitiers esta mañana... ¿Qué diablos tendrá que hacer en la ciudad?

ELEN. Es la primera vez que va á ella, desde que vive con nosotros.

MARQ. (Aparte.) ¿Si, viendo que no vuelve Destournelles, querrá activar por sí propio la reclamación de su herencia?...

ELEN. Observo, papá, que no se encuentra usted á gusto sin la compañía de Bernardo.

MARQ. Le he cobrado cariño. Apenas hace dos meses que le conozco, y me parece que le he tratado toda mi vida. Es muy francote, me acompaña á todas partes...

ELEN. Es buen cazador.

MARQ. ¡Bueno!... aunque no tanto como yo.

ELEN. Gran ginete.

MARQ. ¡Admirable!. . (Pausa.) ¿Sabes si vendrá á comer?

ELEN. No sé nada.

MARQ. Será capaz de entretenerse todo el día con algún compañero de sus primeros años.

ELEN. Más probable es que le detengan sus negocios. (El Marqués y Elena se levantan.)

MARQ. (Aparte.) ¡Sus negocios!... (Alto.) ¿Te ha dicho si tiene algún negocio en Poitiers?

ELEN. No señor. Pero es posible que ande buscando modo de mejorar su posición.

MARQ. La posición que ocupa en... esta casa es inmejorable.

ELEN. Si cree que le hacemos un favor en tenerle á nuestro lado...

MARQ. No: bien sabe él, que... (Aparte.) Ya la iba á soltar.

ELEN. Recuerde usted que cuando vino aquí, si no le digo que habitaría en la casa del guarda, donde murió su padre, aquella misma noche se marcha con el señor Destournelles. ¡Buen trabajo nos costó que se quedara! ¡Como es tan pundonoroso!

MARQ. Pues mira: si yo me encontrase pobre, no tendría empacho en dejarme agasajar.

ELEN. Eso lo piensa usted ahora, porque es rico.

MARQ. (Aparte.) ¡Rico!... ¡Si ella supiese!...

ELEN. ¿Verdad que es usted muy rico?

MARQ. ¡Muchos bienes me dejaron mis padres; después vino la revolución y me los vendieron!

ELEN. ¿Qué importa, si los recobró usted, gracias á la donación de Tomás Stamply?

MARQ. El honrado colono me los devolvió para descargo de su conciencia, quedándose tan satisfecho, sin imaginar... (Aparte.) ¡Tente lengua!

ELEN. Sin imaginar que podía vivir su hijo.

MARQ. Sí... eso es.

ELEN. De otro modo no tendríamos nada.

MARQ. (Alarmado.) ¿Te asusta la pobreza, hija mía?

ELEN. (Con energía.) No señor.

MARQ. (Con abatimiento.) A mí tampoco. (Aparte.) Por evitarla sería capaz... hasta de vender mi ejecutoria.

ELEN. Papá, se me ocurre una idea feliz.

MARQ. ¿Cuál?

ELEN. Puesto que ni usted ni yo tenemos grande apego á las riquezas, ¿no le parece á usted

que... para descargo de nuestra conciencia, deberíamos devolver á Bernardo la cuarta parte de los bienes que su padre nos dió?

MARQ. ¿La cuarta parte? (Aparte.) ¡No se contentará con tan poco!

ELEN. ¿Cree usted que es mucho?

MARQ. No, no. (Aparte.) ¡Sería un buen arreglo!

ELEN. Por mi gusto le devolveríamos la mitad.

MARQ. ¡La mitad!... ¡La mitad!... Sí... también... Yo haría el sacrificio de desprenderme de la mitad... pero temo que Bernardo no se avenga. ¡Como es tan pundonoroso!

ELEN. Se le dice que lo dejó prevenido Tomás Stamply para el caso, posible, de que su hijo no hubiese muerto.

MARQ. Bien, bien; ya veremos. Lo consultaré con la Baronesa, que no tardará en venir.

ELEN. Consúltelo usted únicamente con su corazón.

MARQ. Si has de casarte con Raul, me parece natural...

ELEN. No me casaré nunca, hasta ver satisfecha esa deuda de gratitud.

MARQ. Tranquilízate. Yo solo deseo complacerte. (Vase.)

## ESCENA III.

ELENA vuelve á sentarse junto al velador.—BERNARDO aparece en la puerta del fondo, y se detiene contemplando á Elena.

ELEN. (Concluyendo la corona.) ¡Qué bueno es mi padre!... (Reparando en Bernardo.) ¡Ah!... ¡Ya era tiempo de volver á casa!... ¿Ha visto usted al señor Destournelles?

BERN. (Aproximándose á Elena.) El señor Destournelles debe estar en París todavía.

ELEN. Mi padre le ha echado á usted mucho de menos,

BERN. ¿El señor Marqués solamente?

ELEN. Hace poco hablábamos de un asunto que tiene relación con usted.

BERN. No hace mucho que yo dedicaba á usted todo mi pensamiento.

ELEN. (Dándole una flor.) Tome usted una flor que lleva ese nombre.

BERN. (Tomándola.) ¡La conservaré mientras viva! (Pausa.) Si fuesen de azahar todas esas flores que están sobre el velador, creería que estaba usted tejiendo su corona nupcial. Ayer oí decir á la Baronesa, que se casa usted con su hijo Raul.

ELEN. Eso quiere la Baronesa; pero... Esta corona es para el sepulcro de Tomás Stamply. ¡Hoy hace un año que murió!

BERN. ¡Padre mío!...

ELEN. No he debido entristecer á usted con ese recuerdo.

BERN. Además de ese recuerdo tan doloroso, hoy aflige mi corazón otro motivo de grande pesar.

ELEN. ¿Otro?

BERN. Voy á separme de ustedes para siempre.

ELEN. ¡Eso no es posible!

BERN. Es necesario.

ELEN. ¿Por qué causa?

BERN. No puedo decirlo;... pero crea usted que me obligan poderosas razones.

ELEN. (Como hablando consigo misma.) ¿Cuáles serán? (Con timidez.) ¿Tiene usted alguna queja de nosotros?

BERN. (Con viveza.) ¡Oh, ninguna!

ELEN. ¿Acaso mi padre, como defiende con tanta vehemencia sus opiniones políticas...

BERN. Solo he recibido del señor Marqués repetidas pruebas de afecto.

ELEN. Entónces... no me explico... ¿Quizás yo?...

BERN. (Interrumpiéndole.) ¿Usted, Elena?...

ELEN. ¡Si pudiese adivinar!...

BERN. Ruego á usted que no lo procure.

ELEN. Perdone usted si he deseado saber el motivo que le hace aborrecible nuestra compañía.

BERN. ¿Aborrecible? ¡Oh!; todo lo contrario; y por eso mismo...

ELEN. ¿Por eso?

BERN. La dicha que gozo en esta casa no es para mí.

ELEN. Se ha empeñado usted en creer que le favorecemos; y por orgullo...

BERN. (Interrumpiéndole.) No, Elena. ¿Qué más quisiera yo sino merecer... las atenciones que ustedes me dispensan?

ELEN. Dígame usted por qué huye de nosotros. ¡Se lo suplico!

BERN. Me alejo de aquí... porque soy muy desgraciado. No quiera usted saber más.

ELEN. ¿Es usted desgraciado, sufre, y me oculta sus penas? Creí inspirarle mayor confianza. ¡Tomás Stamply me llamaba su hija!

BERN. Usted no puede aliviar mis dolores.

ELEN. Pero puedo sentirlos; y algo valen los consuelos de la amistad.

BERN. El orígen de mis dolores es un secreto que morirá conmigo.

ELEN. ¿Un secreto.?.. ¡Ah!... Entónces... usted ama.

BERN. ¡Yo!

ELEN. ¡Ahora comprendo lo mucho que debe usted sufrir!

BERN. No: usted no lo puede comprender; usted no sabe lo que es amor; y cuando lo averigüe por sus propios sentimientos, su corazón de usted latirá feliz y tranquilo, entregado á las más dulces y seguras esperanzas. Para usted no se inventó el suplicio de una pasión insensata.

ELEN. (Aparte.) ¡Ay de mí! (Alto.) ¿No es digna de usted la mujer que ama?

BERN. ¡Vale tanto, tanto, que no soy digno de ella!

ELEN. Sin razón desconfía usted de sus propios merecimientos.

BERN. No se burle usted de mi desdicha.

ELEN. Digo lo que siente mi alma.

BERN. ¿Será verdad?... ¡Oh! Aunque lo sea, si un hombre, como yo, tuviese el atrevimiento de amar á Elena de la Seigliere, Elena se ofendería.

ELEN. (Sorprendida.) ¿Yo?... (Con resolución.) No.

BERN. ¿Qué oigo?

ELEN. Yo no me ofendería... aunque me pesara .. no poder premiar el afecto de... ese hombre.

BERN. Pues bien, Elena, yo amo á usted; verla y entregarle mi voluntad, consagrándola mi vida,

fué todo uno. Detestaba á... ciertas personas; pero al oir las primeras y cariñosas palabras con que procuraba usted. consolarme cuando llegué al castillo, aquel ódio se convirtió en el respeto más profundo. La tempestad rugía en mi pecho, y una mirada de usted bastó para disiparla. Desde entónces comprendí que era esclavo del amor, y que no pudiendo esperar sino desventuras, debía huir inmediatamente de su lado de usted. Pero... ¿cómo renunciar á la dicha de contemplarla?... ¡No tuve valor, ni fuerzas para vencerme, y me quedé!... (Pausa.) Después he sabido que se casa usted con Raul... (Pausa.) ¿Comprende usted ahora por qué debo marcharme?

ELEN. (Con amargura.) ¡Ah, sí... lo comprendo!

BERN. ¿Cree usted que puedo permanecer en esta casa?... ¡Máteme el dolor de la ausencia; pero no vea yo á usted unida á otro hombre!

ELEN. (Como hablando consigo misma.) ¡No hay remedio!... ¡El destino lo quiere!... (Aparentando conformidad.) ¿Cuándo... partirá usted?

BERN. Hoy mismo: así que me despida del señor Marqués y del sepulcro de mi padre.

ELEN. ¡Hasta luego, Bernardo!... Voy á poner esta corona en el sitio donde reposan las cenizas del anciano que tanto he querido, y volveré para dar á usted el último adios.

BERN. (Tomando la corona.) Deje usted que envie á mi padre un beso en estas flores.

ELEN. (Besando dónde besó Bernardo.) ¡No irá solo! (Vase precipitadamente por la puerta del foro.)

## ESCENA IV.

BERNARDO.—Luego DESTOURNELLES.

BERN. ¡Esa emoción, que en vano Elena procuraba ocultar!... ¡Sus lágrimas, que no podía contener!... ¿Seré tan dichoso que me ame?... ¡Dichoso yo, cuando voy á separarme de ella para

siempre!... ¡Pobre niña, y pobre de mí!... Acabemos. Voy á preparar mi partida...

DEST. (Aparte, apareciendo en la puerta del foro y mirando hacia donde marchó Elena.) ¿Por qué no me ha saludado Elena? Debió haberme visto; y juraría que lloraba. (Entra.) ¡Hola, Bernardo!...

BERN. Buenas tardes, señor Destournelles.

DEST. Anoche llegué de París; y sé, entre otras curiosas noticias, que ha estado usted en Poitiers esta mañana.

BERN. Es verdad.

DEST. ¿Conque tanto nos divertimos por aquí? Cacerías, paseos en familia...

BERN. Dispénseme usted si no le atiendo como quisiera; pero un asunto urgente...

DEST. También es urgente lo que tengo á usted que decir.

BERN. Dentro de una hora abandonaré para siempre esta casa, y estoy de prisa.

DEST. Eso no lo sabía; y ya me explico por qué Elena salía de aquí enjugándose las lágrimas.

BERN. ¿Qué tiene usted que decirme?

DEST. Como nuestro procurador es tan eficaz, ha logrado, durante mi ausencia, que se declare nula por los tribunales la donación que hizo su padre de usted.

BERN. Es inútil.

DEST. Sí; ya me ha dicho mi escribano que acaba usted de otorgar una escritura renunciando todos sus derechos en favor de Elena.

BERN. Advierto á usted que aquí nadie tiene conocimiento de esa resolución mía, y que no deben averiguarlo hasta que yo me vaya.

DEST. ¿Es decir que perdona usted los agravios hechos á su padre, y los premia?

BERN. Lo mismo haría usted, si se encontrase en mi lugar.

DEST. Yo no soy tan bueno.

BERN. Mi padre sólo recibió de Elena muestras de amor y tiernos cuidados.

DEST. Hace usted bien en amarla, porque es un ángel.

BERN. ¡Sí, la amo!... Por eso huyo de esta casa.

DEST. No comprendo cómo Elena, que presumo debe amar á usted, le deja partir.

BERN. La hija del Marqués de la Seigliere no puede ser mi esposa, y va á casarse con Raul.

DEST. ¿Quién sabe si se casará con él... ó con otro?

BERN. Prométame usted no decir á nadie lo que hemos hablado, y entregar á Elena esta copia de escritura de cesión cuando yo esté lejos de estos lugares. (Dándole un pliego.)

DEST. Lo prometo.

BERN. (Estrechando la mano de Destournelles.) Gracias; y hasta la noche, que nos veremos en Poitiers. (Vase por una puerta lateral.)

## ESCENA V.

DESTOURNELLES; y luego EL MARQUÉS.

DEST. ¡Qué alma tan noble y tan generosa!... Otro hombre, que no fuese él, intentaría comprar con sus riquezas la posesión de la mujer amada... y es posible que se la vendiesen. (Pausa.) La Baronesa triunfa; pero ¿qué tiene de extraño, si la abnegación y la virtud viven á merced del egoismo y la iniquidad? (Viendo venir al Marques.) ¡El Marqués!... Probemos el único recurso que nos queda.

MARQ. ¿Ya estamos de vuelta? (Aparte.) ¡Aborrezco á este hombre!

DEST. Sí, señor: vengo á dar á usted una mala nueva y un buen consejo.

MARQ. Váyase lo uno por lo otro; aunque allá se andarán el consejo y la noticia. (Aparte.) Con razón me tenía inquieto la escapatoria de Bernardo. (Alto.) ¿Qué pasa?

DEST. Como no podía menos de suceder, la reclamación de Bernardo se ha resuelo favorablemente, y muy pronto notificarán á usted la providencia, requiriéndole para que desaloje el castillo y devuelva todos los bienes al hijo de Tomás Stamply.

MARQ. ¡Bernardo es un miserable!...

DEST. No tal.

MARQ. ¡Portarse conmigo de este modo, un hombre á quien había cobrado tanto cariño; sí, señor, lo confieso: le había cobrado mucho cariño! ¡Un hombre, á quien hospedé en mi casa días y días, sentándole á mi mesa, regalándole con mis mejores vinos, dejándole montar mis caballos, y permitiéndole descastar mis bosques!

DEST. Perdone usted si le advierto que está en un error. Hace mes y medio, próximamente, que Bernardo es quien hospeda á usted en su casa, y le regala con sus mejores vinos, y le deja montar sus caballos, y le permite que descaste sus bosques. Aquí no hay más dueño que Bernardo Stamply.

MARQ. Será lo que usted quiera: pero...

DEST. No soy yo quien lo quiere, sino la ley.

MARQ. Bueno; pero cuando un advenedizo, salido de la nada, tiene la honra de hospedar al Marqués de la Seigliere; él es el favorecido, y no despide á su huesped por medio de alguaciles. ¡La conducta de Bernardo corresponde á la humildad de su nacimiento; y repito que es un miserable!

DEST. ¿Así juzga usted al hombre más digno y generoso que existe sobre la tierra?

MARQ. Eso parecía; y no esperaba tan cruel desengaño.

DEST. Bernardo ignora el estado del pleito. La demanda se presentó ántes que él se quedase á vivir con ustedes; y desde entonces nada ha hecho para obtener el fallo. Siento en el alma el triste cambio de fortuna que va usted á experimentar, y que es inevitable; pues, áun cuando usted litigue, sólo conseguirá aumentar su ruina.

MARQ. Señor Destournelles, nada me asusta. He aprendido, durante la emigración, á soportar la pobreza.

DEST. Bien sé yo que el señor Marqués de la Seigliere, digno representante de su noble y altiva raza, tiene en muy poco las contrariedades de

la suerte, y que sufrirá resignado las privaciones y penalidades que trae consigo la miseria, sin echar de menos el fausto y los goces que hoy disfruta. Pero... ¿y su hija?

MARQ. ¡Hija de mi corazón!

DEST. (Con intención, aparentando naturalidad.) Ustedes se encuentran bien aquí.

MARQ. (Suspirando.) ¡Ya lo creo!

DEST. ¡Si pudiera hallarse modo de remediar este conflicto!

MARQ. ¿Cómo, á usted le parece?...

DEST. Se me ocurre un medio, que lo conciliaría todo.

MARQ. ¿Es posible? Veamos, mi excelente y antiguo amigo señor Destournelles: porque hace mucho tiempo que somos amigos...

DEST. Sin duda.

MARQ. Decía usted que ha encontrado la manera de conjurar nuestra desgracia.

DEST. Sí; pero temo proponérsela.

MARQ. ¿Por qué?

DEST. ¡Como es usted tan intransigente!

MARQ, ¿Qué sabe usted lo que yo soy? Hable usted sin reparo.

DEST. Hablaré, puesto que usted me lo manda; pero sentiría...

MARQ. (Con impaciencia ) No más dilaciones.

DEST. Pues bien: ese Napoleón, que tan poco aprecio le merece á usted...

MARQ. Ninguno.

DEST. Comprendió la necesidad que existe, á causa de los cambios sociales producidos por la revolución, de dorar los menoscabados blasones de la aristocracia con el oro de la clase media.

MARQ. Adelante.

DEST. O lo que es lo mismo: que los nobles deben procurarse alianzas beneficiosas, prescindiendo de su ilustre condición.

MARQ. ¿Qué tiene que ver todo eso?...

DEST. ¿Está usted seguro de que Raul profesa á su prometida un amor verdadero?

MARQ. ¡Pchs!

DEST. ¿Y de que Elena ama á Raul?

MARQ. ¡Pchs!...

DEST. ¿Por lo visto, no cree usted que exista en esas relaciones una pasión inmensa y ardiente?

MARQ. ¡Qué ha de existir; ni mucho menos! Se estiman, nada más.

DEST. Pues el patrimonio de la Baronesa no es gran cosa.

MARQ. Muy corto, cortísimo.

DEST. Nada, nada: no conviene casar á Elena con Raul, sino con Bernardo.

MARQ. ¿Está usted en su juicio? ¡Un enlace tan desigual!

DEST. Cierto: muy desigual, porque su hija de usted es pobre, y Bernardo poderoso; pero si se casaran, quedarían iguales.

MARQ. ¿Casar á mi heredera con el hijo do un labriego? No lo consentiré jamás; prefiero la miseria; y eso que la miseria ..

DEST. Ya me lo figuraba. Y es un dolor, porque ese enlace pondría á usted á cubierto de graves peligros, si, como se teme, estalla una revolución.

MARQ. (Con espanto.) ¿Otra revolución?

DEST. No se habla de otra cosa en París.

MARQ. ¡Otra revolución!... Corriente... por mí que estalle cuando quiera. Ya soy pobre; y no teniendo nada que puedan quitarme, nadie se meterá conmigo.

DEST. Pobre y todo, le perseguirán á usted por sus ideas políticas.

MARQ. Yo no tengo ideas.

DEST. Ya lo sé; pero dicen que es usted enemigo de la libertad, y que odia la Carta.

MARQ. ¿Qué Carta?

DEST. La nueva Constitución del Estado.

MARQ. Todo eso es una infame calumnia. ¿Yo, enemigo de la libertad, cuando deseo que todo el mundo viva libremente, con tal de que me dejen á mí hacer lo que quiera? Y, ¿cómo es posible que deteste esa Carta, si no la conozco, ni por el sobre?

DEST. Lo creo. Pero, ¿qué remedio? La opinión públi-

ca se alimenta de mentiras y de verdades. Y luego, como pertenece usted al estado noble...

MARQ. ¡Bonito privilegio, que para nada bueno me sirve!

DEST. Bernardo es hijo del pueblo, militar, valiente; todos le respetan y le estiman, y si se casase con Elena, sus enemigos de usted, que son muchos, se convertirían en admiradores. Usted, su hija y Bernardo vivirían unidos y felices, conservando los dominios de La Seigliere, y seguros de todo ultraje.

MARQ. (Aparte.) ¡Qué bien discurre este hombre!

DEST. Lo cual me parece algo más ventajoso que el porvenir que usted prefiere.

MARQ. Sí... ciertamente... lo confieso. (Aparte.) ¡La miseria!...

DEST. Entónces, ¿por qué no toma usted el partido que le propongo? ¡Bernardo es todo un coronel!

MARQ. Hombre... ántes que ver pobre á mi hija, tomaría, con harto dolor de mi corazón, el partido que usted me propone, si Bernardo y Elena se amasen.

DEST. (Interrumpiéndole.) Delo usted por seguro. Se adoran.

MARQ. Pero, ¿y la Baronesa? Esa mujer es temible.

DEST. Cuando sepa el fallo, y comprenda que, casándose Elena con Raul, su ruina de usted es inevitable, se alegrará mucho de no tener que amparar á ustedes. (Viendo venir á la Baronesa.) Ya la tenemos en campaña. Me marcho.

MARQ. ¡No, por Dios! ¿Va usted á dejarme solo con ella?

DEST. Me quedaré; pero hable usted poquito, y al alma.

## ESCENA VI.

DICHOS.—LA BARONESA.

BAR. (Entrando.) ¡Qué sorpresa! No esperaba encontrar aquí al señor Destournelles.

DEST. (Saludando.) Señora...

BAR. ¿Cómo vamos de pretensiones?

DEST. Conseguí la plaza de Magistrado.

BAR. ¡Cuánto siento que la colocación de usted no nos prive de su grata compañía! Supongo que irá usted á tomar posesión inmediatamente.

DEST. Ya la he tomado; y tengo licencia para detenerme en Poitiers algunos días.

BAR. Me alegro. (Aparte.) ¡No te la hubiera dado yo!

DEST. ¡Gracias! He visto á ustedes y me retiro. (Saluda y pasa por detrás del Marqués.)

MARQ. Lo que tengo que hablar con la señora Baronesa, no es reservado, y ruego á usted que no nos abandone tan pronto.

DEST. (Aparte, al Marqués.) ¡Valor! (Alto.) Como usted guste.

BAR. (Al Marqués.) ¿Ocurre algo nuevo?

MARQ. Ocurre que nuestros asuntos andan muy mal.

BAR. ¿Qué asuntos?

MARQ. La donación se ha declarado nula, y van á requerirme para que inmediatamente desaloje el castillo y devuelva los bienes.

BAR. Bernardo no lo consentirá. Es demasiado noble y generoso...

MARQ. Bernardo se fué á Poitiers, y nos abandona. ¡Estoy arruinado!

BAR. Y, ¿qué piensa usted hacer?

MARQ. Pienso... ¿A usted qué le parece?

BAR. Me parece que debe usted pleitear.

DEST. Nada conseguiría.

BAR. Litigando, se puede llegar á una transacción.

MARQ. Y sin litigar también. Hay que atraer á Bernardo por otro camino distinto del que usted me trazó.

BAR. No comprendo.

DEST. (Aparte.) ¡Gracias á Dios que entramos en materia!

MARQ. ¿Cree usted que nuestros hijos se aman, y que vivirán felices con los recursos de que usted puede disponer?

BAR: Creo que es necesario evitar á toda costa su ruina de usted, antes de casarlos.

MARQ. ¡Casarlos!... ¿Quién piensa en eso? ¿Ignora usted que estamos sobre un volcán, y que va á estallar otra revolución?

BAR. Si estalla, tendremos paciencia.

MARQ. Es que yo no me vuelvo á sacrificar por la monarquía.

DEST. (Aparte.) ¡Cuántas digresiones inútiles!

MARQ. Además, un... sábio ha reconocido la necesidad en que estamos de dorar los blasones de la aristocracia con el oro de la clase media. Y esto, como usted comprenderá, sólo puede realizarse por medio de alianzas ventajosas.

DEST. (Aparte.) ¡Ajajá!

BAR. (Con ironía.) ¿Piensa usted contraer segundas nupcias?

MARQ. (Descompuesto.) No señora. (Con fatuidad.) Pero si quisiera...

BAR. Señor Marqués, míreme usted cara á cara. Usted ha resuelto casar á su hija con Bernardo.

MARQ. Yo... no he dicho...

DEST. (Aparte al Marqués.) ¡Animo!

BAR. Niegue usted que ha resuelto casar á su hija con Bernardo.

MARQ. Pues bien, no lo niego: esa boda es mi tabla de salvación. Lo siento por Raul...

BAR. Poco puede importar el empeño contraido con Raul, á quien, llevado por el interés, arrastra los timbres de su nobleza por el lodo.

MARQ. Señora Baronesa, yo soy dueño de mis acciones, y ninguno tiene derecho para juzgarme.

BAR. Falta averiguar si la señorita de la Seigliere, que ignora la ruina de su padre y la causa de esta ruina, quiere vender su mano, y ser cómplice de una resolución tan indigna. Aquí viene y vamos á saberlo.

MARQ. ¡Señora!... ¡Ruego á usted que se calle!

BAR. Nadie me hará callar.

## ESCENA VII.

DICHOS.—ELENA.

BAR. Querida Elena, hace tiempo que te venimos ocultando una gran desdicha, con la esperanza de encontrar decoroso remedio; pero acabo de saber que, perdida la esperanza, tu padre intenta evitar su daño á costa de tu dignidad.

ELEN. Un padre, como el mío, nada puede exijir de sus hijos que no sea digno y bueno. (El Marqués mueve la cabeza, aprobando con sumo agrado la contestación de Elena.)

BAR. Oye, y juzgarás. Tomás Stamply, poseía vuestros bienes con perfecto derecho, y se los regaló generosa y voluntariamente á tu padre por medio de una donación, la cual es nula porque la hizo en la falsa creencia de que no tenía herederos forzosos.

ELEN. (Con alegría.) ¿De veras?

BAR. Así lo han declarado los tribunales. Todos los dominios de la Seigliere pertenecen á Bernardo, quien debió tomar posesión de ellos al presentarse en esta casa reclamando sus bienes.

ELEN. (Con sorpresa.) ¿A eso vino aquí, el día que le obligamos á quedarse?

BAR. A eso vino.

ELEN. (Con pena, y como hablando consigo misma.) ¡Y yo que le obligué á permanecer con nosotros, creyéndole pobre y desheredado!... (Queda abatida, con la cabeza baja y mirando al suelo.)

BAR. Hace mes y medio que están ustedes gozando unas riquezas que no les pertenecen.

ELEN. (Levantando violentamente la cabeza.) ¡Padre mio!, ¿quién recibe aquí la hospitalidad, nosotros ó Bernardo? (Pausa.) ¿A quién pertenecen los bienes que disfrutamos? (Pausa.) ¡Dígame usted, por Dios, la verdad!

MARQ. Pues hija, durante mi ausencia, han hecho unas leyes tan confusas, que nadie las entiende. Por lo cual, no sé todavía si el parimonio, que here-

dé de mis padres es mío, ó del hijo de Tomás Stamply.

BAR. La ley es terminante, y el derecho de Bernardo está ya reconocido.

ELEN. ¿Es decir, que cuando se presentó en esta casa á reclamar sus bienes, nosotros, en lugar de entregárselos inmediatamente, y buscar otro asilo, permanecimos aquí, agasajando á Bernardo con lo que era suyo?... ¡Qué vergüenza! (Se cubre el rostro con las mauos.)

MARQ. Perdóname, hija mía: yo no he recibido hasta hace muy poco la noticia de esa providencia judicial que me arrebata cuanto poseo.

ELEN. (Con resolución.) Señor Marqués de la Seigliere, usted me enseñó, cuando niña, á sobrellevar dignamente las contrariedades de la fortuna. Apóyese usted en el brazo de su hija, y salgamos de aquí, después de dar gracias á Bernardo por las consideraciones que nos ha tenido.

BAR. Tranquilízate, Elena. No es preciso que abandonen ustedes esta suntuosa morada, ni que se priven de las comodidades que la riqueza les proporciona. El señor Marqnés ha resuelto comprar con tu mano los bienes perdidos, y no duda que consentirás en venderte.

MARQ. (Aparte.) ¡La ahogaría!

ELEN. ¡Oh!... ¡Señora, está usted calumniando á mi padre! Ni él, ni yo... ni Bernardo...

DEST. (Interrumpiéndola.) Silencio. Me parece que viene aquí.

## ESCENA VIII.

DICHOS.—BERNARDO. (Este se presenta en traje de camino.)

BERN. Señor Marqués, causas imprevistas me obligan á partir en este momento, con destino á lejanas tierras, y vengo á despedirme de usted.

MARQ. (Aparte y asustado.) ¡Se vá!

BAR. (Con extrañeza.) ¿Se vá?

DEST. Sí, señora: se vá.

BERN. Vuelvo á tomar las armas; pero en América; y crea usted que, mientras aliente en mi corazón un soplo de vida, recordaré con gratitud el breve tiempo que permanecí en este castillo. (Saludando.) ¡Adios, señor Marqués! ¡Adios, señora!... ¡Adios, Elena! (Ofreciendo á Elena su mano.)

ELEN. (Estrechando con la suya la mano de Bernardo.) ¡Adios, para siempre!

MARQ. (Aparte á Destournelles.) Ya no hay salvación posible!

DEST. (Aparte al Marqués.) ¿Quién sabe? (Alto.) Bernardo, perdone usted que le detenga un solo instante. Le prometí no revelar á nadie hasta después de su marcha, un secreto suyo que la casualidad me hizo descubrir; pero el buen nombre del señor Marqués, y el de Elena... y hasta el de usted mismo, exigen que falte á mi palabra.

BERN. ¡Por favor!...

DEST. Sepa usted, señora Baronesa, que Bernardo, resuelto á huir para siempre de Francia, ha otorgado hoy mismo en Poitiers una escritura, cediendo todos sus derechos á favor de Elena. (Esta se conmueve.)

MARQ. (Aparte.) ¿Será verdad?

BAR. ¡Heroica acción! (Aparte.) Ahora que se vaya y nos deje tranquilos.

DEST. Y el señor Marqués, no menos generoso, al saber que Elena y Bernardo se aman, tuvo el noble pensamiento de premiar una acción tan heróica, haciendo felices á los dos amantes. (Bernardo y Elena, sorprendidos, levantan la cabeza, se miran rápidamente, y bajan los ojos.) Vea usted, señora Baronesa, como no se trataba de comprar ni vender; y que hizo usted mal en suponerlo.

MARQ. (Aparte.) ¡Qué inventiva tiene este hombre!

BAR. Hice mal, y lo declaro con toda franqueza. Veo que Bernardo, discreto y generoso, no busca otra recompensa de su magnánimo desprendimiento, que nuestra estimación. Respeta las

consideraciones sociales; conoce que no puede aspirar á la mano de Elena, y léjos de preten derlo, ahoga sus afecciones, y se marcha en busca de nuevos laureles.

DEST. (Aparte.) Y deja rica á la novia de tu hijo.

BAR. Su conducta merece eterna alabanza.

DEST. (Sacando del bolsillo el pliego que le entregó Bernardo.) Aquí está la escritura de cesión. Tome usted, Elena.

MARQ. (Aparte y con gran admiración.) ¡Pues era verdad!

ELEN. (Rechazando el pliego.) Yo no admitiré jamás ese beneficio.

BAR. (Con disgusto.) ¿Por qué no?

ELEN. (Con sequedad.) Quiero ser pobre.

BERN. (Acercándose á Elena y en tono de súplica.) El señor Marqués aceptó la donación de mi padre.

ELEN. Tomás Stamply se quedó á vivir con nosotros, y usted no se puede quedar.

DEST. (Aparte.) ¡Bien dicho!

MARQ. (A su hija.) Si crees que no deben admitirse esos favores, ¿por qué me aconsejabas, hace un instante, que cediera á Bernardo la mitad de los bienes, creyendo que eran míos?

ELEN. (Turbada.) ¿Yo?...

BERN. (Aparte.) ¡Ah, nuestros corazones estaban de acuerdo! (Alto.) Elena, no me prive usted del consuelo único que espero encontrar lejos de mi pátria.

ELEN. (Aparte.) ¡Ay de mí!

BERN. Goce usted de estos bienes, siquiera para seguir adornando con flores el sepulcro de mi padre.

ELEN. ¡Imposible!

MARQ. (Aparte á Destournelles.) ¿Qué hacemos?

DEST. Si el señor Marqués me lo permite, yo arreglaré todas estas dificultades.

MARQ. Sí, sí: doy á usted mis plenos poderes.

DEST. (Colocándose entre Bernardo y Elena.) Es muy sencillo. Elena, usted acepta la mitad de los bienes; y usted, Bernardo, conserva la otra mitad.

MARQ. (Aparte.) Del mal, el menos.

BAR. (Aparte.) Algo es algo.

DEST. Y luégo, se juntan las dos mitades... de este modo. (*Coge las manos derechas de Elena y Bernardo y las enlaza.*)

MARQ. ¡Admirable! (*Aparte.*) ¡Este hombre vale un tesoro! (*Aeercándose á Bernardo y Elena y los abraza.*) ¡Hijos míos!

BAR. ¡Qué degradación!

ELEN. Padre de mi alma!

BERN. ¡Señor Marqués!... ¿Estoy soñando? ¿Es verdad que usted consiente?

MARQ. ¡Si yo no deseaba otra cosa!

BAR. ¡Se casa con Bernardo!

DEST. Elena y Bernardo se aman: y este, señora Baronesa, es el mejor pleito que he ganado en toda mi vida.

CAE EL TELON.

# PUNTOS DE VENTA.

## MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

## PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

## EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, París. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, Lisboa y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, Porto. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, Milan.

---

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.